

La Ilustración



Artística

Año XVI

BARCELONA 4 DE OCTUBRE DE 1897

Núm. 823



EL CÁNTARO ROTO, cuadro de E. Patry



Texto.—*La vida contemporánea. Recuerdo*, por Emilia Pardo Bazán. — *Pensamientos*, por Antonio Rubinstein. — *D. Segismundo Moret*, por Teodoro Baró. — *Los golpes*, por M. J. Quintana. — *Playas mundanas*, por Juan B. Enseñat. — *Nuestros grabados*. — *Miscelánea*. — *Problema de ajedrez*. — *Mi tío Juan*, novela original de J. L'Hopital, ilustrada por Marchetti.

Grabados.—*El cántaro roto*, cuadro de E. Patry. — *D. Segismundo Moret*. — *Las salas Borgia del Vaticano. El papa Alejandro VI*. — Detalle del cuadro de Pinturicchio «La Música.» — *Santa Catalina ante el emperador Máximo*, cuadro de Pinturicchio. — *Las playas mundanas. La playa de Biarritz*. — *Flor de un día*, escultura de José Alcoverro. — *Salida de baile*, cuadro de Ramiro Lorenzale. — *Doble juego*, cuadro de Alonso Pérez. — *Minutos de espera durante las carreras*, cuadro de Francisco Miralles. — Edificios donde se produce la fuerza eléctrica construídos junto al Niágara. — Los cables eléctricos á través del canal en Tonowanda. — Soportes de los cables formando recodo. — Figs. 1 y 2. Red protectora del puente de Ramingao (Francia). Vista en conjunto del parapeto de alambre. — *República de Bolivia. El Excelentísimo Sr. Presidente y Ministros que constituyen su Gobierno*.

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

RECUERDO

En este año que corre, la muerte parece escoger cuidadosamente sus víctimas entre mis amigos predilectos. Después de la conmoción profunda que me ocasionó la tragedia de Santa Agueda, pocas desgracias podrían afligirme tanto como la pérdida de Luis Vidart. No me creería autorizada para comunicar á mis lectores de LA ILUSTRACIÓN esta pena, si no me diese pleno derecho á hacerlo el ser Vidart uno de los hombres de mayor valía, de los escritores más doctos y de los pensadores más originales que en España poseíamos. Consagrar estas páginas á su memoria, no es complacencia de la amistad, sino acto de justicia.

Todos los diarios insertan una reseña de su biografía, y varias publicaciones ilustradas su retrato, rindiendo así tributo merecido al que consagró la vida entera al estudio y á la reflexión, y fué aquí verdadero iniciador de muchas corrientes de ideas que otros divulgaron ó ahondaron después. En esto consiste, á mi juicio, la característica de la labor de Luis Vidart y su importante papel en nuestra cultura, ya desde antes de la revolución de 1868. Buzo incansable, investigador apasionadísimo, no era del número de los que adoptan una posición fija, de los que no cambian ni se inquietan; lejos de eso, diríase que el espíritu de Vidart, sediento de verdad y de luz, hallábase siempre dedicado á la investigación afanosa, siempre á la descubierta, y cada año encontraba nuevas comarcas que explorar, nuevas campañas que emprender. En este sentido he visto pocas almas más juveniles que la de Vidart, de quien se podría decir que había adivinado lo que Campoamor llama el secreto de la vida: *el acto de nacer todas las mañanas*; y no con el cuerpo, sino con la mente.

Otros hombres — la mayor parte de ellos — no se entusiasman por cuestiones del orden especulativo, sino, á lo sumo, durante cierto período de la juventud: al acercarse á la edad madura, son las cosas prácticas las que les llaman la atención, las que absorben sus esfuerzos y su energía toda. Vidart no sufrió este cambio, que en cierto sentido podríamos llamar descenso; acaso contribuyó á que no lo sufriese la independencia de su desahogada posición, el no verse compelido á luchar por la vida obscuramente y á diario; pero en cualquier situación que se encontrase, su tendencia sería á olvidarse de lo positivo y consagrarse á dar vueltas y más vueltas á los problemas de la metafísica y la ética, ó á dilucidar asuntos históricos. Era asaz indiferente á los intereses puramente materiales; y del mundo apenas veía las formas y los accidentes externos, lo plástico y lo tangible, sino lo interno, los conceptos abstractos, las leyes morales, las grandes síntesis y los fenómenos de la idea revelados en el espacio y el tiempo. Por eso no tenía ni vanidad, ni envidia, ni soberbia, ni codicia, ni ambiciones, ni ruines ansias de lucro; y ni en la política, ni en las letras, ni en la vida social le vimos nunca batallar por obtener nombradía, puestos, honores, satisfacciones del amor propio, venganzas, dinero ni poder. Para que Vidart fuese (al fin de sus años y poseyendo tan gloriosa hoja de servicios) individuo de número de la Academia de la Historia, se necesitó que sus amigos le pinchásemos, como suele decirse, y que estimulase nuestra iniciativa la que estaba ya en la intención y en el deseo de todos.

A pesar de este carácter modesto, no era Vidart de los sabios retraídos, huraños y metidos en su concha; antes al contrario, nadie se mostró más comunicativo, más aficionado al trato y roce con sus semejantes, más fácil en conferir lo que leía ó pensaba, más abierto y humano entre gentes. De tal modo prevaleció en él esta índole franca y expansiva, que si no se toma en cuenta la labor verbal, no se apreciará debidamente la influencia de Vidart en las ideas filosóficas, históricas y literarias de estos últimos treinta años: influencia harta mayor de lo que creen ó afectan creer los que no le igualan en conocimientos y todavía menos en nobleza y sencillez de ánimo. Conversador y discutiendo infatigable, y siempre sobre temas intelectuales (aquí donde hay más propensión á disputar y charlar que paciencia para leer), difundió Vidart bastantes opiniones y conceptos que hoy son patrimonio del público, mediante insensible propaganda, y en este respecto no cabe dudar que sus escritos sólo representan una parte de su trabajo — la única, es cierto, que podría conocer la posteridad, pues lo hablado se lo lleva el aire.

Ostentan los escritos de Vidart (hoy dispersos en periódicos y revistas, en libros que van siendo raros y en innumerables folletos) el sello de la personalidad de su autor, tal cual la he retratado fielmente. Escribió de filosofía, de historia; trazó estudios biográficos sin cuento y críticas bibliográficas; debatió asuntos muy variados, técnicos y científicos, y hasta se ensayó en el drama y la poesía. Su estilo era más persuasivo que galano: no aspiraba á deslumbrar y cautivar, sino á convencer, y la honradez de la intención se comunicaba á la frase, clara, castiza, tersa y adecuada, sobre todo en los escritos históricos y biográficos, lo mejor sin duda de cuanto Vidart produjo. La palabra no era para él instrumento de arte, sino medio de expresar y dar á conocer la verdad, según al escribir la veía en su conciencia; pues Vidart, por la misma seriedad, libertad y sinceridad de sus convicciones, varió y *evolucio* bastante; en política, desde el republicanismo á la dictadura autocrática, por la cual abogaba últimamente con muy ingeniosas y peregrinas razones; en literatura, desde el semi-romanticismo realista de su grande amigo Fernán Caballero, al naturalismo de Zola y de Tolstoy, de quienes había llegado á ser admirador ferviente; en filosofía, desde el pesimismo determinista á una especie de idealismo místico; de esta evolución final es buen testigo su edificante y cristiana muerte, con todos los Sacramentos de nuestra madre la iglesia, pedidos por él y recibidos con devoción profunda.

Las principales campañas sostenidas por Vidart son conocidas y algunas memorables. Fué, si no el primero — y quizás pudiera otorgársele la primacía, al menos entre los contemporáneos, — de los primeros defensores y abogados de la existencia de la llamada *filosofía española*, del caudal de investigación propia de nuestra nación, que debiera conocerse por *filosofía hispano-árabe*; idea que después robusteció con datos y pruebas el erudito Menéndez y Pelayo. A Vidart se debió en gran parte, si no en todo, la exhumación de nuestras olvidadas glorias militares y literarias á la vez, como el marqués de Santa Cruz de Marcenado. Las últimas polémicas de Vidart las ocasionó el centenario de Cristóbal Colón y la serie de conferencias que con tal motivo se pronunciaron en el Ateneo de Madrid. Indignaba á Vidart el error común de que á pretexto de Colón fuese acusada nuestra patria de atroz ingratitud y crueles tratos á un extranjero ilustre; y no creía que los derechos de la verdad deban sacrificarse en el altar de la poesía y la leyenda, y que las pinturas caprichosas y románticas de una figura histórica hayan de prevalecer eternamente. Novelistas y poetas disfrazados de historiadores, como Lamartine y Roselly de Lorgues, habían hecho de Colón un arcángel, un mártir, un santo, un inspirado y un ser fantástico y prodigioso; Vidart emprendió la tarea de ofrecer al público la efigie del Colón auténtico, siempre grande, pero á cuya grandeza hay que asociar nombres de héroes españoles, como los hermanos Pinzones, verbigracia. Aunque la opinión sustentada por Vidart fuese la de la mayoría de los doctos en la materia, la de Fernández Duro, el Padre Cappa, Oliveiro Martins, y también en el fondo la de Cánovas del Castillo, el haberse constituido Vidart en su más activo propalador y podemos decir vulgarizador, hizo que contra él se dirigiesen las sátiras, las diatribas y las insulsas chirigotas, reservadas á todo el que lucha con el *misoneísmo* de la multitud. Alguna de estas flechas no enherboladas vino á caer dentro de mi huerto, por haberme yo arriado al parecer de Fernández Duro y Vidart, y en general de los novísimos críticos de Colón, en mi conferencia sobre *Colón y los franciscanos*; y es indecible el buen humor con que comentábamos tales

desahogos de la prensa menuda; porque Vidart, en confianza, era de alegre y benigna condición, á pesar de sus alardes pesimistas y sus teorías sobre el mal de la vida y la *infelicidad*.

El instinto de sociabilidad que dominaba en Vidart, le impulsó á intentar constituir en su casa, y bajo la égida de la señora de Vidart, excelente, virtuosa y finísima dama perteneciente á muy linajuda familia de Andalucía, lo que suele llamarse un salón literario. Tal intento fracasó por fin, y tenía que fracasar en estos tiempos de vanidad exasperada y de pretensiones desmedidas; pero Vidart, persona en extremo cortés, cumplido caballero á la antigua española en todas sus relaciones sociales, recibió un desengaño y jamás acertó á darse cuenta de por qué es hoy imposible reunir á treinta ó cuarenta personas para leer prosa ó versos y hablar de letras y artes, sin exponerse á treinta ó cuarenta serios disgustos. Y es que el ideal de Vidart era la asociación, la efusión, el compañerismo de la inteligencia, virtudes y hábitos que van desapareciendo en nuestra vida literaria, tan anárquicamente individualista. Así y todo, y á falta de salón, Vidart consiguió reunir muchos y muy leales amigos, á quienes su falta doblemente sensible, puesto que en él veían un lazo de unión y en su casa un terreno franco y neutral donde se encontraban los que cultivan las mismas aficiones. Y en la tertulia de D. Juan Valera, tan reducida como atractiva, animada por la encantadora facundia y la amena sabiduría del autor de *Pepita Jiménez*, nuestros ojos buscarán siempre con inconsolable tristeza el sitio vacío del autor de *Letras y armas*.

Ya sabíamos que por ley natural le veríamos desaparecer, probablemente antes que nosotros, y sin embargo no nos acostumbramos á la idea de que aquel hombre de entendimiento tan vivaz y de tan fresco espíritu — aunque físicamente quebrantado por los achaques propios de la edad y por el ningún cuidado con que atendía á su salud, — no está ya entre nosotros, no vendrá á darnos su parecer sobre el libro más reciente, el último discurso, el drama estrenado ó la flamante teoría filosófica. Vidart era ante todo una inteligencia, un ser pensante, pero también el mejor de los amigos, el más afectuoso, y en mi casa y en algunas otras casas de Madrid su llegada era una fiesta y le querían hasta los perros... No es un modo de decir, no; uno de los rasgos de sensibilidad del excelente Vidart, rasgo transmitido quizás por Fernán Caballero, era el cariño que manifestaba á los pobres animales, nuestros *hermanos inferiores*. Me han dicho que la fatal caída que causó la muerte de Vidart, se debió al movimiento de inclinarse para acariciar en la calle á un mísero can abandonado, y no dudé ni un momento de la verdad de esta versión, reveladora de una nota típica en quien fué el más ardiente impugnador y acérrimo adversario de las corridas de toros.

EMILIA PARDO BAZÁN

PENSAMIENTOS

La escritura es satisfacción propia; la impresión, responsabilidad.

**

¿Qué es poesía? Una cosa que se rima, pero que no existe. ¿Y la verdad? Una cosa que existe, pero que no puede rimarse.

**

El gobernar debe ser una carga muy pesada, un oficio lleno de cuidados; y sin embargo, la historia consigna muy pocas abdicaciones. Debe, pues, haber algo aceptable y grato en la situación de los monarcas.

**

No vayas muy á menudo adonde quieras que te reciban bien.

**

Se equivocan los que dicen que el matrimonio no debe contraerse hasta que los dos interesados se conozcan bien. Aunque el noviazgo dure largos años, los que se casan no pueden conocerse hasta después de transcurrida la luna de miel.

**

Soy enemigo del realismo craso en materias de arte, pero hay casos en que también el idealismo me estorba. Citaré algunos ejemplos: en un puente de San Petersburgo hay cuatro caballos de bronce con cuatro estatuas que representan á otros tantos hombres desnudos. Esta desnudez que en un clima meridional me parecería conveniente y bella, no me parece ni lo uno ni lo otro en un país en donde sólo hace calor cuatro meses al año y en donde durante el invierno llega el frío á treinta grados bajo cero. Aquellos hombres vestidos en traje nacional me gustarían mucho más. Lo propio me sucede con el monumento que en la misma capital representa á Pedro el Grande con la cabeza descubierta y vestido con la toga romana: lo encuentro demasiado ideal. Vestido con el traje militar de su época, la figura de aquel soberano resultaría más realista, pero en mi concepto más conveniente. Y á propósito de este monumento diré que no me gustan ni poco ni mucho las estatuas ecuestres sobre un pequeño pedestal cuadrado, si el caballo aparece galopando ó encabritándose: siempre se me figura que el animal ha de dar un salto y que el jinete ha de romperse la crisma á consecuencia de la caída.

ANTONIO RUBINSTEIN



D. SEGISMUNDO MORET

Si al terminar la labor cotidiana se acordase don Segismundo de cuanto ha estudiado, leído, dictado, discurredo, proyectado, expuesto, hablado y hecho durante el día, se volvería loco. No le basta el vapor, ni siquiera la electricidad: antes de terminar la carrera ya enseñaba Economía política y explicaba Instituciones de Hacienda en la Universidad Central, donde cursaba; apenas licenciado, ganó cátedra; fué elegido diputado sin haber cumplido la edad legal para sentarse en el Congreso, y fué ministro á los treinta y dos años. Es gaditano y no tiene acento ni siquiera de andaluz. Nació el 2 de junio de 1838; es abuelo y parece un joven. Antes llevaba bigote sedoso, fino, largo, popularizado y exagerado por la caricatura; ahora usa toda la barba, sin duda porque le falta tiempo para afeitarse, tarea que él mismo llevaba á cabo. Es alto de estatura, cara pequeña, facciones delicadas, algo calvo, escaso de carnes, apuesto, elegante por naturaleza, sin que tenga necesidad de poner nada de su parte para serlo y parecerlo. Si comprase una levita en el Rastro y con ella vistiera su cuerpo, entallaría como si la hubiese cortado el mejor sastre.

Se levanta muy temprano y baja á su despacho, compuesto de dos piezas: tiene la principal ventana á la calle y hay en ella una biblioteca tallada en Vitoria, acabada imitación del antiguo, que á la primera mirada revela que su dueño tiene los libros para leerlos y manosearlos, no como adorno. En un cabelle se ve un retrato de un niño, en el que no pueden fijarse los ojos del Sr. Moret sin humedecerse, porque le recuerda al hijo querido que le arrebató esa terrible enfermedad que se llama difteria. Contigua á esta pieza hay otra con sencilla estantería y muchos libros, en la cual trabajan sus auxiliares, de quienes tiene absoluta necesidad, en particular de taquígrafos, porque padece esa enfermedad que á veces ataca á los escritores dificultándoles el movimiento de los músculos de la mano derecha para el manejo de la pluma. Puede escribir arqueando algo el brazo, y aun firma con soltura, pero reduce el Segismundo Moret y Prendergast á una S y el apellido paterno y la rúbrica á un fino trazo, porque no tiene tiempo para más. Un detalle: la casa donde vive, en la calle de doña Blanca de Navarra, tiene la fachada al Norte; y teniendo en cuenta la dureza del clima de Madrid en invierno, es de suponer que el arquitecto también dió al despacho aquella orientación para que las heladas disminuyeran los hervores de la fantasía del propietario, siempre en ebullición.

Moret es el prototipo de los librecambistas, y no hay asociación de tal carácter de la que no sea miembro, ni *meeting* en el que no tome parte para exponer y defender con apasionamiento las excelencias de la escuela de Manchester y de las teorías de Cobden. Los proteccionistas saltan de ira en cuanto se habla de él, en quien creen tener un enemigo irreconciliable, porque ignoran que si las palabras de D. Segismundo son muy librecambistas, cuando llega la ocasión, esto es, cuando se encuentra delante de la realidad, procede como un proteccionista convencido. Sabemos de un concurso que se declaró desierto, y al reproducirse el anuncio dispuso el señor Moret, entonces ministro de la Gobernación, que se excluyese á las casas extranjeras para que sólo pudiese concurrir la industria nacional. Obra suya es la disposición que tanto favorece á la ganadería mandando que no se pueda destinar al consumo ninguna res procedente del extranjero sin que antes hayan transcurrido diez días para que descanse y se reponga, orden que si no fuese burlada en las fronteras y en nuestros puertos aseguraría casi en absoluto nuestros mercados á los ganaderos españoles. Otros hechos podríamos citar que recuerdan que el Sr. Moret, como todos los hombres que verdadera-

mente tienen talento, deja la tesis para los discursos y se rinde ante la evidencia de los hechos. Para nosotros sobran los discursos, pero peor fuera que sobrarian los discursos y las obras. El fué quien siendo ministro de Estado dió á la Exposición de Barcelona las proporciones de un acontecimiento internacional preparando la representación de todas las potencias por medio de sus escuadras fondeadas en las aguas de la capital de Cataluña; y Moret no vió la Exposición á cuyo esplendor tanto había contribuí-



D. Segismundo Moret

do; y no la vió receloso del concepto que de él tienen los proteccionistas. No sabemos que los catalanes le instaran para que les visitara. Fiaríamos la resolución de una cuestión económica al Sr. Moret en el silencio y reposo del gabinete, pero jamás en el Parlamento, ni siquiera formando parte de una comisión, porque cuando habla ó discute en público se siente dominado por la idea librecambista; pero en el aislamiento del despacho suele resultar proteccionista, y á veces muy proteccionista.

Si como tiene memoria y entendimiento tuviese voluntad, sería el primero de nuestros hombres de Estado; si en sus discursos se percibiesen las vibraciones del acero alternando con el canto de los pájaros y los murmullos del arroyo y el susurro de las auras, sería el primero de nuestros oradores. Nuevo yo en el Congreso, me dijo una tarde D. Víctor Balaguer: «Oiga usted á Moret, que posee la palabra más hermosa del Parlamento.» No me atreví á darle crédito, porque allí estaban, entre otros, Castelar, Cánovas y Martos. Tenía enfrente á D. Segismundo, que se sentaba á la izquierda, en el grupo de los demócratas; levantóse, y al destacarse su elevada y gallarda figura perezóme que en vez de la levita cruzada hubiera debido llevar el vistoso y elegante traje veneciano del siglo XVI. Si hay orador capaz de no sentirse emocionado ante el Congreso, cosa que dudo, este es Moret, quien comienza sus discursos con naturalidad; mueve la cabeza á derecha é izquierda para que su palabra llegue á todos los lados de la Cámara y sea este movimiento cortés saludo, y su voz sonora y grata al oído domina los sentidos antes que los conceptos hieran las inteligencias. De actitud siempre reposada y mímica sobria, es elocuente sin esfuerzo y lo sería aunque se empeñase en no serlo. La dicción es limpia; la pronunciación rápida, sin que las palabras salgan atropelladas, ni siquiera en los momentos en que es la desesperación de los taquígrafos; y en los periodos de más calor se limita á pasear la mirada por la Cámara y á un acentuado movimiento del brazo derecho. Cuando le interrumpen, calla y agita pausadamente la mano anunciando la réplica, que es espontánea y pronta. Hay en su oratoria la dulzura del Petrarca, la suavidad de Menéndez Valdés, pero no los arranques de Herrera. Faltan en ella, lo que no impide que sea su palabra

la más hermosa de nuestro Parlamento. Pero la prodiga demasiado, y á eso se debe que no siempre dejen los diputados los pasillos por oírle cuando se levanta á hablar. Si se limitase á pronunciar un par de discursos cada legislatura, no quedaría un escaño vacío en el salón de sesiones ni un asiento sin ocupar en las tribunas, y sería necesaria la intervención de los agentes de la autoridad para mantener el orden entre el público, que esperaría turno para ocupar un hueco y oírle.

Pero Moret habla siempre y en cualquier ocasión, porque siempre está preparado para pronunciar un gran discurso. Ha sido ministro de Ultramar, de Hacienda, de Estado, de Gobernación y de Fomento, siendo el de Gracia y Justicia el único ministerio civil que no ha dirigido. Si le pusiesen al frente de los departamentos de Guerra ó Marina, á los pocos días hablaría de estrategia y táctica con los generales, de fortificación y castrametación con los ingenieros, de balística con los artilleros, de los últimos adelantos de la ciencia de curar y de la higiene con el cuerpo de Sanidad Militar, de la alimentación, precios y transportes con los oficiales de Administración; discurriría sobre las campañas antiguas y modernas, desde las de Phyrro, Aníbal, Alejandro Magno y César, á las de Gonzalo de Córdoba, Carlos V, Napoleón y Moltke; á los marinos les expondría las teorías astronómicas, las meteorológicas, los últimos adelantos realizados en construcciones navales, disertaría sobre el problema del proyectil y la coraza, y á todos asombraría; si bien es difícil predecir si tras tanta teoría y derroche de erudición las cosas seguirían mejor ó peor que antes.

Moret inició la evolución de la democracia hacia la monarquía después de la Restauración, exponiendo con conmovedora elocuencia el estado de ánimo de la gente del campo y de las villas, deseosa de paz para pedir al trabajo el bienestar y la prosperidad. Se ha pasado la vida saltando de un lado á otro dentro del campo liberal, y no es de extrañar que cuando el duque de la Torre, empujado por todos los que estaban descontentos de Sagasta, tuvo ó le sugirieron la desdichada idea de formar la izquierda, Moret sentase plaza en el conato de nuevo partido, porque le fascina y atrae cuanto es agitación y novedad. Fué ministro de la Gobernación, pero cuando llegó el momento crítico de disolver las Cortes y hacer nuevas elecciones, fué sincero y se negó á hacerlas comprendiendo que la izquierda era una ficción sin personal ni arraigo. No quiso perturbar al país, y en esta resolución, que algunos le han criticado, demostró cualidades de hombre de Estado. Volvió á Sagasta, á quien le va muy bien con D. Segismundo, porque es hombre dúctil que en cada bolsillo halla una fórmula para salir del paso é ir tirando bien ó mal, y eso no tiene precio para D. Práxedes. Luego siempre está dispuesto á pronunciar un gran discurso sea cual fuere la cuestión, y un ministro así es de gran utilidad, casi irremplazable, dado el abuso del sistema parlamentario, que ya llega á charlamentario. En una crisis parcial presentó D. Práxedes el ministerio al Congreso, y como estuviesen de humor batallador las oposiciones, se empeñaron en discutir en el acto y lo lograron. «Señor Moret, debió decirle su jefe, el uniforme me sofoca más que el empeño de esos señores diputados en tirarnos de la lengua, y voy á quitármelo. Aquí queda usted.» D. Segismundo hizo frente á todo y á todos, y pronunció no recordamos cuantos discursos con gran derroche de elocuencia y de sudor, porque el día era caluroso y es sabido que la transpiración aumenta cuando se habla en público; y como las oposiciones no le dieron tiempo para cambiar la casaca de ministro por la levita, á pesar de que aquella era de invierno, porque no se tiene un uniforme para cada estación, cuando el Sr. Moret pudo refugiarse en el saloncito de los ministros y mudar de ropa, se encontró convertido en un cangrejo,

teñida de rojo la camisa y también la piel, gracias al forro encarnado.

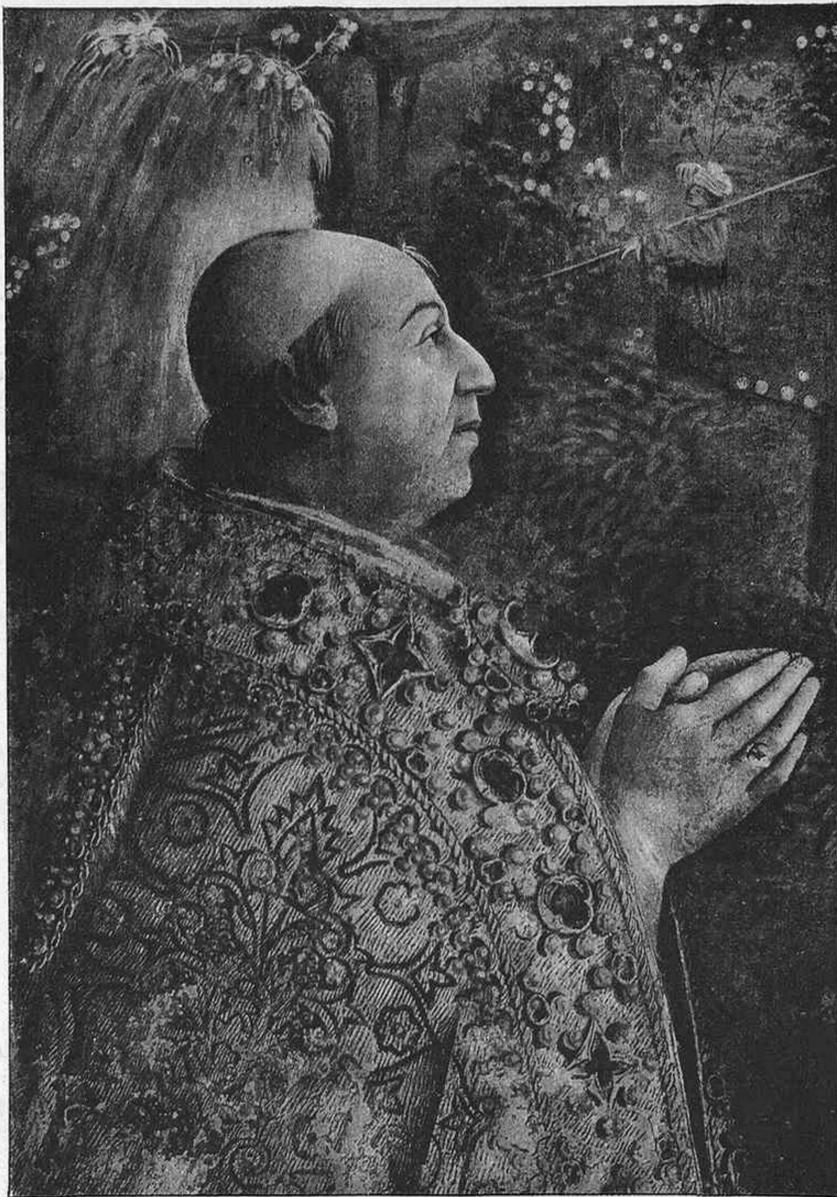
Es un ministro parlamentario en toda la extensión de la palabra, pero en el silencio del gabinete le perjudica lo que en las Cortes le favorece: la exuberancia de imaginación y de proyectos, que apenas concebidos salen empujados por los que vienen detrás y se evaporan al contacto del aire. Me decía uno que ha sido director general siendo él ministro: «A Moret no le asusta el trabajo y va por las mañanas al ministerio, cosa rara dadas las costumbres de Madrid. Si tuviese buenos auxiliares sería un gran ministro, porque necesita quien recoja sus ideas, deseche las fantásticas y dé forma á las prácticas. Con sus proyectos le pasa lo que á los millonarios, que por tener mucho dinero no dan importancia á cantidades que para otros la tienen grande, y los entrega al que los recoge, sin encariñarse con ellos. Cuando me llamaba para exponerme algún pensamiento, procuraba enterarme bien de cuanto me decía, y luego me fijaba en lo que me parecía factible y desarrollaba el plan, prescindiendo en absoluto de todo lo que creía fantástico. Entregaba las cuartillas á D. Segismundo, quien se las llevaba á su casa, las leía, llamaba al taquígrafo y le dictaba lo que él pensaba que debía ser el proyecto. Al día siguiente sonaba el timbre de mi despacho, á veces poco después de mediodía, que es cuando se almuerza en Madrid, y acudía al del ministro, que me daba las cuartillas que acababa de dictar al taquígrafo. Las leía, aceptaba lo factible, redactaba un nuevo proyecto y este era siempre el que prevalecía sin ningún esfuerzo de mi parte, lo que prueba que el Sr. Moret no es una medianía, porque estas suelen ser tercias, y en cuanto se les ocurre una idea no admiten que pueda necesitar enmienda. ¡Ah, si D. Segismundo tuviese buenos auxiliares!»

Su nombre está unido á la abolición de la esclavitud en Puerto Rico y en Cuba, y aunque más no hubiera hecho, bastaría tal obra para que la memoria del hombre que á ella ha contribuido se guardase con respeto. Los discursos de Moret llenarían una biblioteca si se coleccionaran; pero á hablar se ha limitado y es poco lo que ha escrito, lo que no le ha impedido ser nombrado académico de la lengua, elección que se debe á sus méritos, pero en particular á la circunstancia de haber contribuido como ministro de Fomento á la terminación del palacio en que se aloja la sabia corporación que limpia, fija y da esplendor al habla castellana.

Jamás se ha fundido en ningún partido, pues siempre ha guardado algo propio; pero aunque ha logrado muchas veces formar grupo, al poco tiempo lo ha visto reducido á grupito, porque es refractario á las menudencias de la política, que son la soldada que reciben los que siguen á los jefes sueltos, y no tiene temperamento para oír impertinencias y majaderías ni para librar batallas por un destino. Siendo ministro de la Gobernación pasó el verano y el otoño encerrado en su despacho trabajando, proyectando y evitando á los diputados, que se vengaron al abrirse las Cortes derrotándole en las secciones y obligándole á dimitir. Ha aplicado á su morada todos los adelantos de la higiene; viaja como si el vagón fuera un aposento de su casa; duerme en el tren, y al apearse ya está dispuesto á ocuparse en agricultura si ha ido á sus posesiones de Extremadura, ó á pronunciar un discurso si es Zaragoza el término de su viaje, no siendo cosa rara que al transmitirlo el telégrafo á Madrid sonrían los que lo leen y digan: «¡Qué Moret!» Se cuenta que cuando fué nombrado embajador en Londres no sabía el inglés, se propuso hablarlo al llegar á Inglaterra y logró su propósito. Son varios los idiomas que posee, circunstancia que le permite hacer buen papel en el ministerio de Estado ante el cuerpo diplomático. Es cortés, correcto, tiene mil fórmulas para decir sí, pero aún no ha hallado una para decir no, lo que con frecuencia le crea compromisos, le pone en apuros y le da disgustos. No sé que le entusiasmen las Bellas Artes, y si le entusiasman no lo demuestra. Si hubiese aplicado su poderosa fantasía á la literatura, á la pintura, á la música, hubiera producido obras maes-

tras; la ha aplicado á la política, á la economía, á las cuestiones sociales, á la hacienda, y sus creaciones resultan más ricas de color que sólidas, que es la principal cualidad que debieran tener. Moret se ha empeñado en fumar y de vez en cuando enciende algún cigarrillo y por excepción un habano, pero sólo logra echar humo como si echara proyectos. Por ser muy artista no es un gran político, y por ser muy político no es un gran artista.

TEODORO BARÓ



LAS SALAS BORGIA DEL VATICANO RECIENTEMENTE RESTAURADAS
EL PAPA ALEJANDRO VI,
cuadro de Pinturicchio que representa la resurrección de Jesucristo

LOS GOLPES

Era más de la una de la noche, y Tomásín, el chico de la portera de mi casa, en su cuarto situado en un rincón del estrecho patio no cesaba de dar golpes y más golpes, clavando y aserrando madera. La hora era intempestiva y el silencio de la noche acrecentaba el ruido; yo estaba escribiendo entonces un tratado de Filosofía positiva para un concurso, y para concentrar mis ideas escribía cuando los demás dormían, es decir, desde la una de la noche hasta las seis de la mañana. Pero los golpes no me dejaban escribir y me ponían nervioso. Abrí la ventana á riesgo de tomar una pulmonía, pues estábamos en diciembre, y grité como un desesperado:

«Tomásín, endiablado, ¿quieres hacer el favor de no clavar á estas horas?»

Cesaron los golpes y yo continué escribiendo: *... si bien las operaciones de la conciencia humana tienden al egoísmo como los ríos al mar, no pudiéndose admitir la opinión de los panteístas y de los idealistas que los fundamentos de la moral basan fuera del hombre... El escepticismo más elevado consiste en colocar el Yo en el cielo... Büchner, Moleschott, Straus, Überweg, Augusto Comte el creador del altruismo...* Y continué escribiendo unos diez minutos hasta que de nuevo comenzó Tomásín con los golpes, con el clavar y aserrar.

No pude sufrir más; resuelto á hacer callar al chico por buenas ó por malas, me abrigué lo mejor que pude, bajé al patio y entré bruscamente en el cuartucho de Tomásín.

— ¿Quieres concluir ya?, le grité sacudiéndole por las espaldas.

Tomásín se volvió pausadamente hacia mí, sin mostrar temor alguno, y mirándome fijamente, sin expresión en las pupilas, contestó con acento entre dulce y melancólico:

— Ya casi he concluido, señorito.

— Pero ¿qué diablos estás haciendo, chiquillo, la horca en que has de morir?..

— No, señor, me respondió; estoy haciendo la cruz para mi pobre madre...

— ¿Se ha muerto?

— Sí, señorito, la semana pasada, en el hospital...

Yo creí que lo sabía usted. Los vecinos lo saben... Fui á verla al anochecer y llegué á tiempo..., me abrazó llorando, llorando, me besó y después se quedó fría, helada... y yo estoy aquí solo, solo...

— Bien, bien, le dije con cierta emoción; pero ¿no lo puedes hacer de día y no á estas horas?..

— Ya está casi concluida, señorito, mire usted.

Y me enseñó una cruz, toscamente unida, hecha con las patas del catre, pues el chico no tenía otra madera.

— Quisiera pintarla de negro, pero no tengo cuartos ni pintura.

Y me enternecí hasta el punto de decirle:

— Mañana te daré medio duro.

— Gracias, señorito, compraré la pintura y lo que sobre será para el señor cura, para que diga una misa por mi madre.

Las lágrimas que asomaban á mis ojos me obligaron á salir precipitadamente del cuartucho, y cuando estaba ya en el patio Tomásín me llamó diciéndome:

— Señorito, tengo que pedirle un favor.

— Di.

— Que me deje usted concluir la cruz esta noche..., corre prisa, señorito; mañana es domingo y quisiera ir al cementerio á llevarla concluida.

No podía negarme á ello; concedí el permiso para dar golpes y subí á mi cuarto.

Aquella escena había puesto mis nervios á prueba. No podía dormir y me puse á escribir:

... La impulsividad de todas nuestras acciones, la causa impelente de nuestros deberes, de nuestros sacrificios mismos, ¿á quién puede exigirse sino al sujeto mismo? Lange observa acertadamente...

Los golpes que daba Tomásín me distraían y hacían escapar mis ideas. Hice un esfuerzo y continué:

... Lange observa acertadamente que el mundo de los átomos y de sus vibraciones le parece un mundo extraño y irrisorio; la metafísica, y por tanto todo concepto de providencia y de inmortalidad del alma serían proyecciones del Yo en el cielo...

Los golpes de Tomásín me hacían desvariar; no sabía lo que escribía; pero el estado de mis nervios me impulsaba á escribir y seguí: *... Hasta que no digamos que espíritu, alma, conciencia, son palabras abstractas destinadas para distinguir uno de los momentos más emergentes de una organización que se llama vida... (Tomásín golpeaba y clavaba á más no poder) ...no daremos un paso adelante. No hay fenómenos sino en la vida misma, y nada puede producirse sino por vía de las combinaciones orgánicas, de donde procede la vida... Estas combinaciones están esencialmente subordinadas á la existencia...*

Sin poder coordinar una idea, con una tensión de nervios que no podía dominar, sin saber lo que escribía, dejé de escribir y recosté mi cabeza sobre la cuartilla.

Los latidos de mi corazón se acompasaban con los golpes de Tomásín.

Al fin me dormí, ó mejor dicho, tuve una pesadilla; veía á Tomásín concluyendo la cruz, pintándola de negro; la cruz crecía, crecía, llegaba al cielo, majestuosa, sublime. Y en el fondo, indeciso, confuso y obscuro, veía una horca inmensa al pie de la cual se leía: *Proyecciones del yo.*

El eco repetía las palabras, Egoísmo, Maldad, Interés...

Decididamente era una pesadilla.

Cuando desperté era ya de día. No se oían los golpes de Tomásín; sin duda había terminado ya su cruz. Me acordé de la promesa del medio duro, abrí la

ventana, llamé á Tomasín que salió al patio y le arrojé el medio duro envuelto en un papel.

— Gracias, señorito, me dijo. Mire usted, añadió señalando á un rincón del patio, allí está la cruz acabada ya y pintada, porque un vecino me ha dado la pintura... Estos diez reales son para decir misa por el alma de mi madre; gracias, señorito, voy corriendo á llevar la cruz; hasta luego.

Cerré la ventana, y algo más despejado con el aire frío de la mañana, quise continuar escribiendo. Para cambiar mis ideas, cogí una cuartilla limpia y escribí en ella con grandes letras: *Libro primero. Capítulo primero.*

Pero en vano traté de continuar; las ideas se escapaban de mi mente sin condensarse ni tomar forma alguna, mis párpados se cerraban, la sangre

afluía á mi cabeza hasta sentir en mi cerebro los golpes de Tomasín. Tiré las cuartillas y la pluma y me acosté tapándome la cabeza con la manta.

Pasaron cuatro meses desde aquella famosa noche de los golpes; Tomasín está contento al parecer, y canta y silba tratando de enseñar á un sinsonte que le han regalado. En mi libro no he podido pasar del título; abandono el asunto y la idea.

Con la estación volvieron las amapolas y las gollondrinas; la primavera adorna los campos, inundando de luz el cementerio y las solitarias cruces. En cambio yo sufrí una tristeza que no puedo desechar,

que me envuelve como niebla de noviembre y paraliza mi pensamiento; para mí no hay ya cosa que renazca ni muera. El todo se me muestra delante, impenetrable en su inmensa grandeza que gira y gira sobre el mismo eje.

Hace pocos días llamé al médico y le dije:
— Doctor, creo que estoy enfermo, pero no puedo ni acierto á explicar lo que siento... Tengo algo aquí, y le señalé á mi corazón.

— Veamos, veamos, dijo el doctor.
Me pulsó; no tenía fiebre. La pulsación era normal. Después me hizo desabrochar la americana y

Las personas que por causas diversas se ven obligadas á permanecer en las ciudades durante la canícula, caen en desgracia ante la sociedad mundana. Muchos se acusan de faltar á la costumbre consagrada por la moda, como si faltasen á todas las leyes humanas y divinas, y acumulan razones más ó menos plausibles para hacerse absolver del crimen de lesa elegancia.

Los felices mortales á quienes las ocupaciones ó la escasez de medios no tienen encadenados en la oficina ó en la reclusión inevitable de su domicilio, toman el tren, sea sud-expreso ó el vulgarmente denomina-

el chaleco, y aplicó el oído á mi corazón. Así estuvo un buen rato. Al fin le dije:

— Doctor, dígame usted la verdad, ¿oye usted algo extraño?

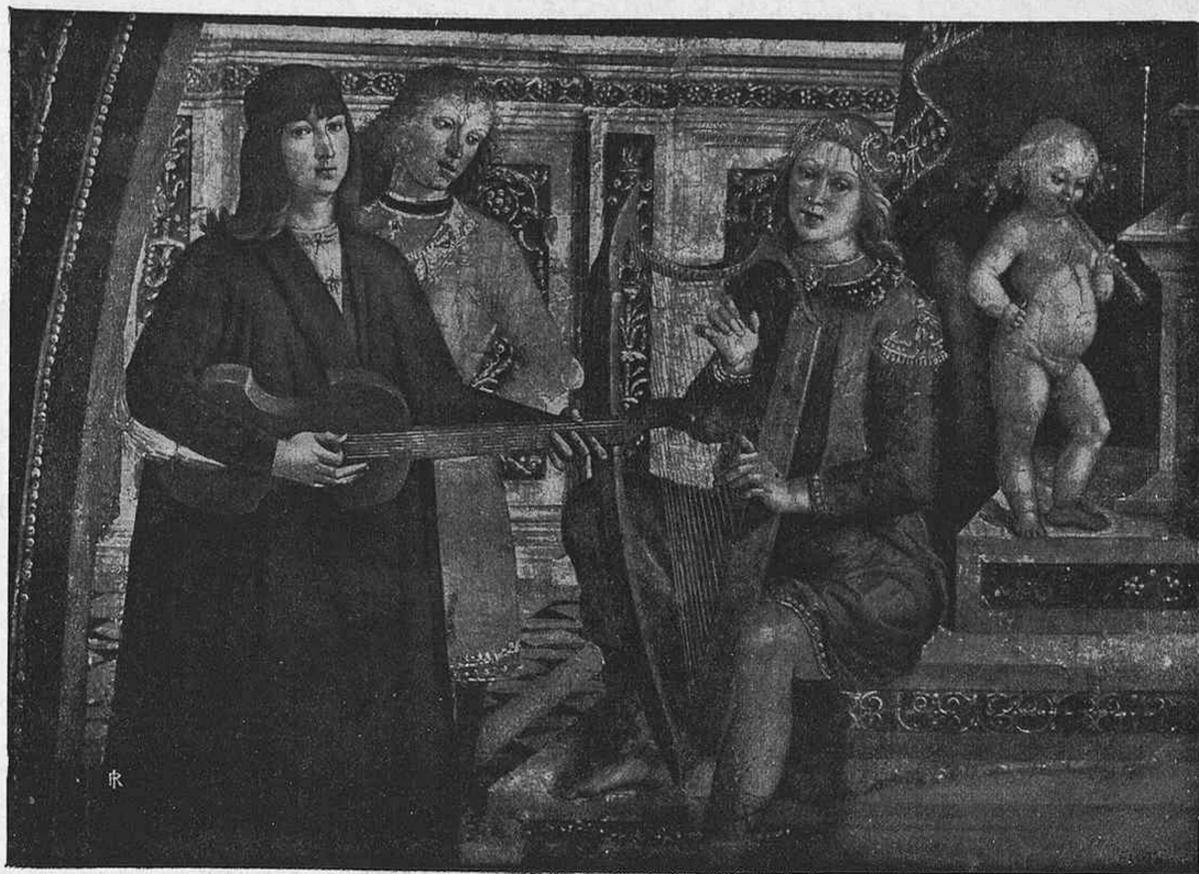
— Psh... Sí, dijo el doctor; oigo los latidos así... como si dieran con un martillo... como si fueran golpes...

— Ya sé lo que es, doctor, dije interrumpiéndole.

M. J. QUINTANA

PLAYAS MUNDANAS

No importa el galicismo, si este epígrafe indica exactamente el contenido de mi crónica. Es imposible estudiar las costumbres de las modernas sociedades, sin emigrar, de julio á octubre, á las regiones alpinas, á los establecimientos termales ó á las playas que la moda impone al mundo elegante como estaciones veraniegas.



LAS SALAS BORGIA DEL VATICANO RECIENTEMENTE RESTAURADAS. — DETALLE DEL CUADRO DE PINTURICCHIO «LA MÚSICA»



LAS SALAS BORGIA DEL VATICANO RECIENTEMENTE RESTAURADAS. — SANTA CATALINA ANTE EL EMPERADOR MÁXIMO, cuadro de Pinturicchio que forma parte de la serie titulada «Vida de los Santos»

do tren *botijo*, cuando llega el momento de la dispersión general.

Acabo de visitar varias playas de moda, y en cada una de ellas he observado, entre circunstancias comunes, particularidades distintas, propias de las costumbres de cada país.

He visto á los bilbaínos bañarse en las Arenas y en Portugaleta, esas dos magníficas playas divididas por la desembocadura del Nervión, bordadas de *chalets* y bonitos hoteles, servidas por un ferrocarril y dos

be usted nadar?.. Pues sumerja rápidamente el cuerpo en el mar, hasta el cuello; método bastante bueno también, por cuanto evita las sensaciones penosas y repetidas de un frío vivo.»

Y el filantrópico consejero les grita á las mujeres que entran lenta y progresivamente en el agua:

«¡Ese método es muy malo! ¿No ven ustedes que así se entrecortan la respiración y la voz, mediante un estado convulsivo ó espasmódico de la caja del pecho, que se produce al llegar el agua á la boca del

de tomé el expreso procedente de Madrid, que en hora y cuarto me llevó á San Sebastián.

Aunque mi última visita á esta hermosa ciudad databa de pocos años, la encontré ahora desconocida, sorprendiéndome en el espacioso ensanche de Amara el paseo de los Fueros; en el ensanche de la Zurriola, el de Salamanca, que termina en el rompeolas; el túnel del Antiguo y sobre él el real palacio de Miramar; los magníficos hoteles y *chalets* que por doquier se han levantado.



LAS PLAYAS MUNDANAS. - LA PLAYA DE BIARRITZ (de fotografía)

tranvías eléctricos que las tienen en continua comunicación con la capital vizcaína, frecuentada por ricas familias españolas é inglesas, cuyo veraneo se ve libre de los inconvenientes que trae consigo la vida mundana, impuesta en otras playas por los modernos casinos. La elegante colonia asiste al sacrificio de la misa después del desayuno, y toma su baño antes del almuerzo. No le son desconocidos los preceptos de la higiene para el caso. Sabe que la temperatura del agua del mar sigue hasta cierto punto las variaciones de la temperatura atmosférica, pero que jamás se eleva ni baja tanto. Sabe que el mar posee propiedades electro-magnéticas, y que el análisis da los siguientes elementos en un litro de agua del Océano Cantábrico:

Acido carbónico.	0,230
Cloruro de sodio.	28,000
Cloruro de magnesio.	5,853
Sulfato de magnesia.	6,456
Sulfato de cal.	0,150
Carbonato de magnesia y de cal.	0,200

En algunas playas mundanas, como las de San Sebastián, Biarritz y Dieppe, hay cincuenta espectadores por cada bañista. En Portugaleta y en las Arenas todo el que acude á la playa es para zambullirse en el mar, ó para acompañar y servir de vigilante y preceptista al que se baña. Diríase que los allí reunidos forman una sola familia: ¡tan patriarcales costumbres se observan! Nada de líneas divisorias entre ambos sexos. A ningún hombre le choca que una muchacha se le acerque en el agua á suplicarle que le enseñe á nadar. El traje de baño es una especie de uniforme que establece entre todos los que lo visten un compañerismo semejante al que existe entre los soldados de un mismo cuerpo. Allí hombres y mujeres pertenecen al cuerpo de nadadores, sin oficialidad ni jerarquías, todos soldados rasos, todos iguales. La única superioridad está en saber nadar. El buen nadador produce admiración y envidia. Por esto no es raro ver que una mujer se le acerque á suplicarle con una sencillez y una naturalidad propias de camaradas:

«¡Enseñeme usted á nadar!»

Los preceptistas no se muestran nunca avaros de recomendaciones.

«Ya sabe usted que no es indiferente bañarse de un modo cualquiera - dicen al que ven dispuesto á echarse al agua. - ¿Es usted nadador?.. Pues métase usted de cabeza. Es el mejor método, puesto que evita las congestiones cerebrales y pulmonares. ¿No sa-

estómago? Se exponen ustedes á males de cabeza, á odontalgias, á fluxiones... Sumérjense rápidamente hasta el cuello, y mójense en seguida la cabeza.»

Y como es frecuente que los niños se diviertan entrando y saliendo repetidas veces del agua, el preceptista se encara irritado con las personas encargadas de su custodia:

«Eso es peligrosísimo. De esa manera, ni las reacciones son todo lo enérgicas que deben ser, ni se da tiempo á que éstas corran y completen la marcha ó curso natural que tienen. Muchos trastornos resultan de eso.»

No teniendo ya nadie á su alcance para continuar sus preceptos, uno de esos buenos mentores de la playa de Portugaleta me detuvo para decirme, en el momento en que iba yo á meterme en el agua:

«Ya sabe usted que en el acto del baño es muy útil y conveniente agitarse, frotarse, andar en continuo movimiento, para dar más tiempo á la absorción y retardar la venida del segundo frío de tercer período, lo cual es muy importante, pues el calor de la reacción que se sigue es entonces más vivo y animado. Los principales preceptos para el uso de los baños...»

Lo dejé con la palabra en la boca, precipitándome en el mar. Cinco minutos después lo vi gesticular con otro bañista, á quien estaría explicando los preceptos que era del caso tener presentes.

Como en San Sebastián y en las playas de Bélgica y Holanda, se halla establecido en Portugaleta y las Arenas el sistema de casetas montadas sobre ruedas, que robustos bueyes acercan ó apartan de la orilla según las mareas, para mayor comodidad de los bañistas.

* * *

Tomé en Bilbao el expreso de la tarde, que llega á las ocho á Durango, de donde salí el día siguiente para San Sebastián por esa espantosa vía de Zumárraga que el vulgo ha dado en llamar *ferrocarril de la muerte*, serie no interrumpida de trincheras, calzadas y túneles; revueltas al borde de abismos; puentes y viaductos de inmensa altura; curvas tan rápidas que hacen pasar la máquina por el lado del furgón de cola; subidas que exigen una locomotora para cada dos vagones; bajadas por las cuales se precipita el tren con loca rapidez, como si realmente fuese á despeñarnos en el supremo salto de la muerte.

Por esta vez llegamos con vida á Zumárraga, don-

El aseo y limpieza de la población, lo bien atendida que está en todos los ramos que abarca la administración municipal, sus hermosos y bien cuidados edificios, su situación y su clima, y sobre todo su playa incomparable, explican el rápido desenvolvimiento de la capital donostiarra y el favor que le prestan la corte, gran parte de la nobleza y una elegante sociedad cosmopolita que la han elegido para residencia de verano.

La playa de San Sebastián, con su grande extensión, su limpia arena, su igual y suavísima pendiente es acreedora al título de *sin rival* que le dan los hijos del país. Merecida es también la predilección de que goza entre los aficionados á los baños de mar, pues la naturaleza y el hombre se han puesto de acuerdo para reunir en ella cuantas comodidades pueda apetecer el bañista. Diferentes rampas adoquinadas facilitan su comunicación con el paseo de la Concha, y grandes y pequeños establecimientos rivalizan en baratura y *confort* para satisfacción de sus clientes.

En la playa se colocan infinidad de casetas montadas sobre ruedas para que puedan ser conducidas hasta la orilla del agua durante la baja mar, y así el servicio de que están provistas como el que prestan los bañeros es inmejorable.

En el centro de la misma playa se halla instalado su grandioso establecimiento, que es el punto de reunión favorito de la colonia veraniega durante las horas destinadas al baño. La animación que reina en el espacioso salón central y la comodidad con que los curiosos presencian desde las galerías laterales el divertido espectáculo del mar con sus numerosos bañistas constituyen un poderoso atractivo para todo el que destina un rato al solaz y esparcimiento de la vida de la playa.

Los niños, descalzos, juegan al borde del agua, oponiendo acá y acullá muros de arena á las olas invasoras.

Las muchachas, con trajes claros de muselina ó de percal y con sombrillas de vivos colores, forman graciosos grupos, sentadas en la arena, ó se pasean libremente, sin escoltas de mamás, charlando con transportes de alegría, radiantes de gracia y juventud. Alguna solitaria se abisma en la lectura de tal ó cual novela ó en la muda contemplación del horizonte infinito. ¿Quién es capaz de adivinar lo que piensa un alma soñadora? Las de instintos caseros y económicos llevan á la playa su cesta de labor y se pasan la mañana bordando ó haciendo *crochet*.

Son muy pocas las que van acompañadas de novio. Esto está reñido con la libertad que reina en la vida de playa. El matrimonio parece estar divorciado con la moda. Sin embargo, se encuentra de vez en cuando alguna chica que se casa. Lo que no se encuentra es ninguna que tenga novio.

La elegante colonia veraniega de San Sebastián se reúne invariablemente cinco ó seis veces al día: á las doce en el Bulevard, á las cinco en el parque de Alderdi-eder, oyendo la música del Casino; á las siete en el paseo de la Concha, á las nueve otra vez en el Bulevard, donde toca la banda municipal, y á las diez nuevamente en el parque de Alderdi-eder ó en el Casino, en cuya terraza da excelentes conciertos la orquesta del suntuoso Kursaal.

Éste posee lujosas dependencias: salas de juego, lectura, esgrima, tiro, baños, café, restaurant y un grandioso salón de fiestas, donde se dan funciones dramáticas, conciertos y bailes, concurridos por la flor y nata de la colonia veraniega.

Encastillada en el palacio de Miramar, la familia real únicamente suele salir para ir al baño. A cien metros de distancia de las últimas casetas públicas, casi al extremo Oeste de la playa, se encuentra un elegante pabellón de estilo árabe, montado sobre rieles y sujeto por medio de fuertes cables á una máquina de vapor que lo deja rodar por un plano inclinado hasta la orilla del agua, ó lo aproxima á la anchurosa rampa por la cual se sube al paseo de la Concha. Cada mañana acude una multitud de curiosos á ver cómo se bañan las personas reales, y muchos se asombran de que en el agua no se distingan del común de los mortales.

JUAN B. ENSEÑAT

NUESTROS GRABADOS

Flor de un día, escultura de José Alcoverro. — Si bien es cierto que José Alcoverro ha logrado singularizarse modelando obras de grande aliento que pudiéramos considerar como manifestaciones del gran arte, no por eso se desdén de ejecutar bonitos estudios, y especialmente esas esculturas que constituyen el más preciado adorno de los aristocráti-



FLOR DE UN DÍA, escultura de José Alcoverro

cos salones y de los gabinetes de los aficionados. Nuestros lectores ya conocen algunas producciones de este género por haberlas reproducido en las páginas de esta Revista, y habrán podido apreciar, por lo tanto, la habilidad y buen gusto de este artista, que con tanta inteligencia y éxito cultiva este difícil arte. *Flor de un día*, inspirada en la conocida producción dramática del mismo título, es una galana muestra de cuanto dejamos expuesto y de la clase de esculturas a que nos referimos.

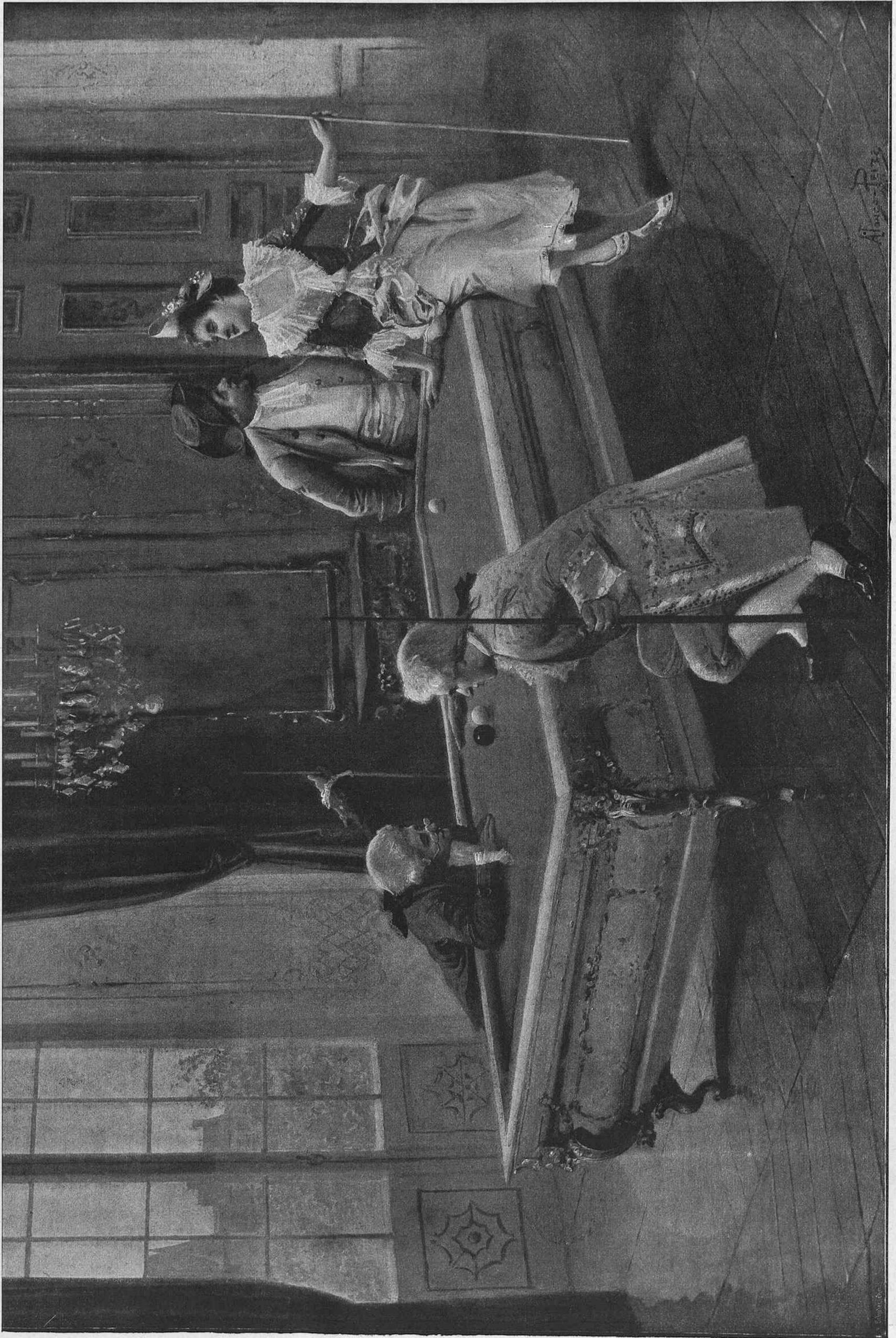
Salida de baile, cuadro de Ramiro Lorenzale. — La *Salida de baile* es una nueva y gallarda producción de Ramiro Lorenzale, digna compañera de otros cuadros de género que ha ejecutado este discreto artista, cuyo nombre no en balde recuerda el de su ilustre padre, á quien tanto debe el renacimiento artístico de nuestra ciudad en su primer período de evolución. El lienzo á que nos referimos, como todos los que produce, lleva impreso el sello especial que caracteriza á sus composiciones por la elegancia de líneas y la delicada armonía de tonos que las hace simpáticas y agradables, sin que su plasticismo las separe de las reglas que informan el concepto artístico. Así puede observarse en el cuadro que reproducimos, que cautiva por su belleza y por el estudio que revela.

El cántaro roto, cuadro de E. Patry. — No parece haberse inspirado el autor de este cuadro en la tan conocida fábula de *La lechera*: esa chiquilla que vierte abundantes lágrimas al contemplar roto el cántaro y derramado su contenido, no llora la pérdida de ilusiones que como la heroína de aquélla se forjara; su llanto es más conmovedor, es el llanto del que teme un castigo como consecuencia del accidente sufrido. Hay en aquel rostro verdadero desconsuelo y en su actitud completo abandono, y el pintor inglés ha sabido interpretar con gran acierto la desesperación de esa niña, haciendo de ella una figura en extremo interesante.

Las salas Borgia del Vaticano, obra de Pinturicchio. — Los que visitan los inestimables tesoros de los palacios del Vaticano podrán admirar en lo sucesivo una serie de salas hasta hoy inaccesibles y descuidadas y ahora convertidas en un museo en donde se guardan las obras maestras del gran Bernardino Betti, llamado el Pinturicchio, uno de los más geniales pintores del Renacimiento. La inauguración de estas salas, cuidadosamente restauradas y vueltas á su antiguo esplendor, ha sido un acontecimiento artístico realizado por la presencia del actual Pontífice S. S. León XIII, que tanto se ha interesado por la realización de esta obra, debida por completo á sus iniciativas y á sus esfuerzos. La restauración ha sido dirigida en la parte artística por el profesor Seitz y en la parte arquitectónica por el arquitecto conde Vespignani; uno y otro han llenado su cometido á satisfacción de los más exigentes. Como hemos dicho, las pinturas que adornan estas salas son de Bernardino Betti; nació éste en Perugia en 1454 y



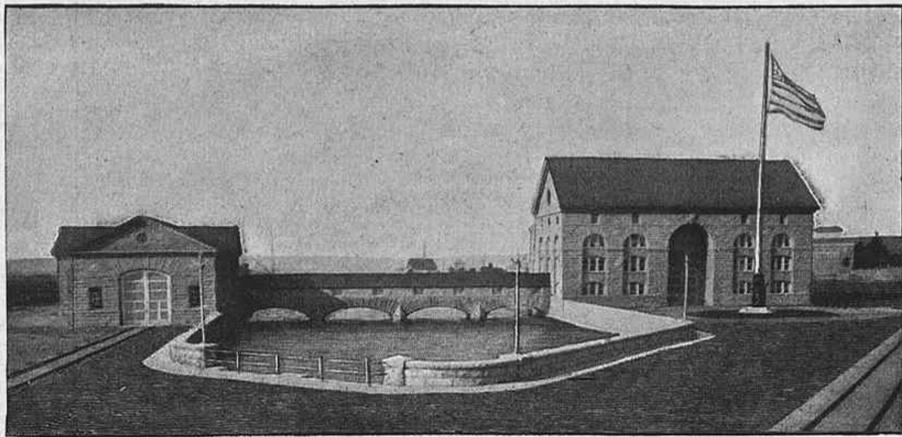
SALIDA DE BAILE, cuadro de Ramiro Lorenzale



DOBLE JUEGO, cuadro de Alonso Pérez (de fotografía de Braun Clement y C.ª, de Dornach y París)



MINUTOS DE ESPERA DURANTE LAS CARRERAS, cuadro de Francisco Miralles



Utilización de las cataratas del Niágara para la producción de fuerza eléctrica. Edificios donde se produce la fuerza eléctrica construídos junto al Niágara



Los cables eléctricos al través del canal en Tonowanda

murió en Siena á los 59 años de edad, después de una vida muy laboriosa durante la cual ganó honra y provecho no escasos, mereciendo especial protección de varios pontífices. Sus principales obras se encuentran en Roma, en Orvieto, en Perugia y en Spello, pequeña ciudad de Umbría que posee quizás la más bella y perfecta de cuantas produjo el Pinturicchio, cuales son los frescos de la capilla Baglione, en la iglesia de Santa María la Mayor. Las salas inauguradas que contienen las pinturas de Betti son cinco: la de la «Historia de la Virgen,» en donde está, entre otros, el cuadro de la *Resurrección de Jesús*, en el cual se ve al Pontífice Alejandro VI; la de la «Vida de los Santos,» en la que figura el lienzo que representa á *Santa Catalina ante el emperador Máximo*; la de las «Artes liberales y Ciencias,» que contiene el cuadro de *La Música*; la del «Credo» y la de las «Sibilas.» Los tres grabados que publicamos en las páginas 644 y 645 son reproducciones de las principales obras con que el famoso artista inmortalizó su nombre en las salas Borgia del Vaticano.

Doble juego, cuadro de Alonso Pérez.—Todas las composiciones de este distinguido pintor tienen un sello especialísimo que revelan desde luego una personalidad artística perfectamente acentuada: de ello habrán podido convencerse nuestros lectores admirando los varios lienzos de Alonso Pérez que en LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA se han publicado. Todas tienen algo de picaresco, una intención que aumenta los atractivos que la labor técnica ofrece, como sucede en el que hoy reproducimos, escena perfectamente concebida y esmeradamente ejecutada que justifica de una manera cumplida el título de *Doble juego* con que la ha bautizado su autor.

Minutos de espera durante las carreras, cuadro de Francisco Miralles.—Animado como pocos es el espectáculo que presenta la *pelouse* de un hipódromo en día de carreras, cuando durante el descanso las elegantes damas y los apuestos *sportmen* se disponen á despachar la merienda que á prevención han traído en sus *mail-coaches*, ó que les preparan en los bien surtidos *bars* que por todas partes brindan á los *gourmets* sus apetitosos manjares. Miralles, á quien pocos aventajan en la reproducción de escenas de la vida al aire libre del gran mundo, nos ha trazado en su cuadro ese espectáculo con la habilidad que le caracteriza, ofreciéndonos en su composición admirablemente dispuesta una colección de figuras bellísimas, graciosas, distinguidas, de esas que sólo se encuentran en las diversiones aristocráticas y que, como vulgarmente se dice, dan el tono en todas partes en donde se presentan.

Utilización de las cataratas del Niágara para la producción de fuerza eléctrica.—El próspero resultado de la utilización de la catarata del Niágara como fuerza motriz es uno de los más grandes hechos de la ingeniería moderna. El poder generador del enorme salto de agua se empezó á utilizar para objetos relativamente insignificantes, como la tracción de vehículos por calles y factorías, después de haber sido conducido con buen éxito por cables aéreos á la ciudad de Búfalo, distante veintisiete millas. La transmisión de esta fuerza en tan gran cantidad era una cosa en la que no se había pensado hasta hace pocos años, y hoy han surgido nuevos establecimientos industriales á lo largo de esta línea de cables.

no quedará terminado hasta dentro de cuatro ó cinco años, el Touring Club de Francia, por consejo de M. Aubé, ingeniero de Puentes y Calzadas, y de M. Manigley, delegado de dicho club en Menton, ha hecho construir en aquel puente una red protectora, que reproducen los dos grabados que publicamos en la página 655, y que se compone de un fuerte armazón de hierro empotrado en la mampostería. Sobre el armazón va tendida una red de alambre muy resistente, cuya parte horizontal está al nivel superior del parapeto y forma un trapezoides de 1'30 de alto, cuyas bases tienen 16 metros de longitud la interior y 13 la exterior; en toda la longitud de esta última se eleva una red vertical de un metro de altura y los lados están protegidos por redes triangulares. La construcción es bastante sólida para resistir el choque de dos caballos. Inauguróse la red el día 5 de abril, y cuatro días después un ciclista chocó con el parapeto, rompiéndose su máquina y siendo él lanzado á la red sin causarse el menor daño; posteriormente han ocurrido otros varios accidentes, pero todos los que los sufrieron resultaron ilesos gracias á esa instalación, cuyos iniciadores merecen, por lo mismo, el más entusiasta aplauso.

MISCELÁNEA

Bellas Artes.—MUNICH.—Entre los cuadros que figuraron en la última exposición de Bellas Artes y que han sido adquiridos por los varios museos de Alemania, está el de José Benlliure *Pasatiempo regio*, que ha comprado el Museo Municipal de Magdeburgo.

BUENOS AIRES.—La reputada fundición artística y fábrica nacional de medallas bonaerense de los Sres. Orzali, Bellagamba y C.^a ha acuñado una bonita medalla conmemorativa de la muerte de D. Antonio Cánovas del Castillo, como prueba de confraternidad entre argentinos y españoles. En el anverso hay el busto muy parecido del ilustre estadista, al pie del cual están grabadas las fechas 8 febrero 1828—8 agosto 1897. En el reverso se lee la siguiente inscripción: *Los argentinos se adhieren á la pública protesta contra el asesinato del ilustre español que era un talento, un corazón y un carácter.*—Buenos Aires. Agosto 1897.

BASILEA.—En la ciudad de Basilea se están haciendo grandes preparativos para celebrar el septuagésimo aniversario del natalicio del celebrado pintor Arnoldo Boecklin y el cuarto centenario del de Hans Holbein el joven, que si bien no nació en aquella población, sino en Augsburg, trasladóse á ella desde muy joven y en ella pintó la mayor parte de sus obras. En la Galería del Arte se habrá inaugurado el día 22 de septiembre una exposición de obras de Boecklin, que se cerrará en 24 de octubre, y para la cual se han reunido ochenta cuadros, la mitad casi de los que el artista ha pintado, procedentes de Austria, Alemania y Suiza. Al mismo tiempo se celebra en el Museo una exposición de obras de Holbein, originales y copias.

Teatros.—Paris.—Se han estrenado con buen éxito: en el Palais Royal *La coupe et les levres*, drama lírico en cinco actos, adaptación del poema del mismo título de Alfredo de Muset,

Ahora que la línea está en lisonjero funcionamiento, sábase que la demanda de fuerza va aumentando. Los habitantes de Búfalo han solicitado la de 10.000 caballos, y se dice que la compañía explotadora está preparando el suministro de otros 10.000 anuales por espacio de cuatro años, lo que elevará el total á 40.000 caballos, ó sea el de ocho generadores.

Por lo que respecta á las grandes obras que se han tenido que realizar para conducir eléctricamente dicha fuerza hasta la mencionada ciudad, los grabados que publicamos dan aproximada idea de ellas.

La red protectora del puente de Ramingao.—Este puente, situado en la carretera de Niza á Menton sobre un barranco de 16 metros de profundidad, tiene una reputación siniestra: punto de unión de dos trozos de la carretera casi paralelos y con una pendiente de 8 por 100, forma ángulo recto con cada uno de ellos, por cual razón los coches y bicicletas que por aquel camino descenden, si no van muy bien frenados, bajan por allí de una manera desordenada, y no pudiendo dar la vuelta con la debida rapidez, chocan con el parapeto del puente y son precipitados en el barranco. De aquí que en menos de tres años, y á pesar de los postes indicativos que advierten del peligro, más de cien personas, veinte de ellas ciclistas, han resultado muertas unas y gravemente heridas otras. Aun cuando la administración de Puentes y Calzadas ha comenzado á rectificar aquel trozo de carretera, como el trabajo

hecha por E. d' Harvilly, con música de Canoby; y en el Ateneo *Cabinet Piperlin*, opereta en tres actos de Raymond y Burani, música de Hervé. En la Comedia Francesa se ha representado con aplauso *La Vie de Boheme*, de Enrique Mürger, arreglada á la escena por T. Barrière.

Madrid.—Han comenzado la temporada de invierno los teatros de la Princesa, Lara, Zarzuela, Apolo y Eslava. En el primero, en donde actúa la compañía de María A. Tubau, de la que forman parte la Sra. Alverá y los Sres. García Ortega y Mendiguchía, se ha estrenado con gran éxito un sainete en un acto y tres cuadros, en verso, de Ceferino Palencia titulado *Comediantes y toreros ó La Vicaría*.

Barcelona.—Con motivo de la colocación de la primera piedra del monumento que se erigirá al ilustre dramaturgo catalán D. Federico Soler (*Serafi Pitarra*) y para honrar la memoria de éste, se han celebrado dos funciones en los teatros Principal y Romea, poniéndose en escena en el primero *Las joyas de la Roser* y *Los cantis de Vilafranca*, y en el segundo *Batalla de Reynas* y *La mosca al nas*, producciones todas de aquel popular autor, que obtuvieron entusiastas aplausos.



Soportes de los cables formando recodo

Necrología.—Han fallecido: José Meiners, compositor italiano, cuyas óperas obtuvieron gran éxito en otro tiempo.

Aquileo Postolakas, arqueólogo griego, uno de los mejores numismáticos modernos, director del Gabinete Numismático de Atenas.

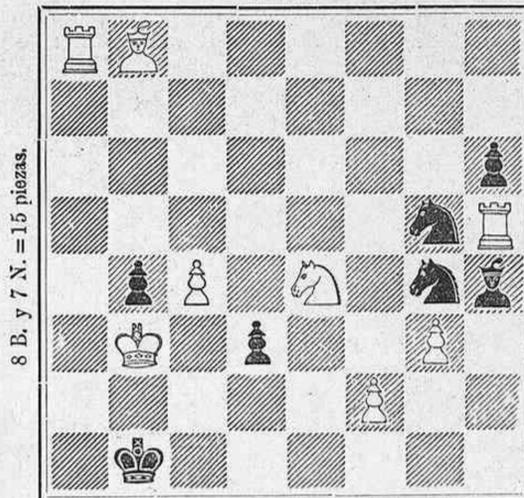
Tomás Vallauri, notable filólogo, distinguido literato y eminente filósofo italiano.

Juan Cristián Hirt, escultor muniquense, profesor y miembro de honor de la Academia de Artes Plásticas de Munich.

AJEDREZ

PROBLEMA NÚMERO 89, POR JOSÉ BELTRÁN (Dedicado á Alfredo Carreño)

NEGRAS



BLANCAS

Las blancas juegan y dan mate en tres jugadas.

SOLUCIÓN AL PROBLEMA NÚMERO 88, POR V. MARÍN

- | | | | |
|----------|------------------|---------|---------------------|
| Blancas. | 1. R2 R | Negras. | 1. P C juega (*) |
| | 2. D c T D | | 2. P juega |
| | 3. D S T D jaque | | 3. R toma P ú otra. |
| | 4. D mate. | | |

(*) Si 1. P R juega; 2. C 5 A R, y 3. D toma T mate.



Has de saber que no la he vendido, sino que la he regalado ó poco menos

MI TIO JUAN

NOVELA ORIGINAL DE JOSÉ L'HOPITAL, ILUSTRADA POR MARCHETTI

PRIMER CUADRO. — LA BODA

I

— ¡Pues bien!, exclamó la señora Chantavoine pasando por la puerta de la granja en su carricoche vacío, has de saber que no la he vendido, sino que la he regalado ó poco menos.

Y mientras Chantavoine cogía la brida del caballo, la mujer se apeó del vehículo, y después de mirar á su alrededor dijo dos palabras al oído del buen hom-

bre, á fin de asegurarse de que nadie sino él sabría el mísero precio en que había vendido su ternera.

Chantavoine levantó los brazos con expresión de desaliento.

— ¡No hay ya medio de criar terneras!, exclamó. ¡Y el trigo que se da por nada, y las orugas que cortan las remolachas! ¡No, ciertamente que no sé adónde iremos á parar, pues la agricultura produce bien poco!

— Y hay muchos que no han vendido, repuso la señora Chantavoine; y no es la mercancía lo que faltaba, pues no he visto muchas veces tantas terneras

en la feria de Plessis. El muchacho de Flottard tenía una superior. ¡Pues bien, los mercaderes le despreciaban como á los demás!

— Si es así, ya no siento tanto haberme quedado en casa para cuidar del heno, sobre todo porque tengo algo nuevo que contarte.

— ¿Es sobre el asunto?

Chantavoine guiñó los ojos con aire significativo, y su mujer, comprendiendo que se trataba de una conversación seria, dijo después de reflexionar un instante:

— Será preciso estar sentados para eso.

Y cogió del vehículo su cesto de provisiones, donde se hallaban amontonados varios paquetes de especias envueltas en papeles amarillos, sobrepuestos de un pedazo de carne sanguinolenta, y se dirigió hacia la casa, mientras el buen hombre desenganchaba el caballo y le conducía flemáticamente a la cuadra.

La granja de los Muriaux está situada en medio de una gran llanura y distante un kilómetro largo del pueblo y del castillo de Berneville. El campanario, muy agudo, forma punto de vista, y las sombrías espesuras del parque limitan el horizonte por el Oeste; pero en los demás puntos la llanura se extiende en toda la extensión que los ojos pueden alcanzar, tan lejos, que en tiempo muy claro es posible divisar en último término, hacia el Oriente, la aguja de piedra blanca de la iglesia de Plessis, distrito principal del cantón vecino. La llanura, fértil y bien cultivada, no está, como la de Beauce, indefinidamente desnuda y surcada por caminos rectos flanqueados de olmos retorcidos; es una meseta normanda con arboledas de bosque y manzanos, y los caminos que la cruzan serpenteando a través de los campos sembrados y de los islotes de verdura, más que caminos donde se corre ó se trabaja, parecen esas lánguidas avenidas de los jardines ingleses, donde se medita y se pasea pesadamente.

Largo tiempo hace que los Chantavoine viven allí; de padre á hijo son los arrendadores del castillo de Berneville, y el que cultiva actualmente la granja de los Muriaux no ha olvidado que fué bautizado el mismo día que el señor conde; pero no se vanagloria de ello delante de todo el mundo, porque, según dice, en el día de hoy hay muchos á quienes les importa un comino todo eso de bautismos y de condes.

Por lo demás, el padre Chantavoine es hombre muy honrado, buen agricultor, que goza de consideración en el país, y su mujer una excelente ama de gobierno que conoce bien el precio de los comestibles, es económica y nada avara para ella ni para los demás.

Sin divertirse nunca, y trabajando mucho, han aumentado los bienes que sus antecesores les dejaron; y dícese en el país que así en Plessis como en Berneville los Chantavoine tienen más de cuarenta acres de tierra suyos. También se asegura que sus tierras no son las menos bien cultivadas, y que siempre hay estiércol para ellas, mientras que los abonos químicos se emplean de preferencia en las del señor conde; pero como á éste se le paga siempre puntualmente, no dice nada, y hace bien.

Después de dar paja á su caballo, Chantavoine volvió hacia la casa, donde encontró á su mujer en la sala, sentada ante la gran mesa de haya maciza y mondando unos guisantes para la cena. Detrás de ella, varias cacerolas de cobre, bien alineadas, brillaban vivamente al reflejarse en ellas los rayos del sol ya en su ocaso, y en la alta chimenea algunos tizones, consumiéndose entre los dos morillos de hierro pulimentado, calentaban suavemente la caldera donde se cocían las patatas destinadas á los cerdos.

Marido y mujer permanecieron algún tiempo silenciosos, escuchando el tic-tac del reloj normando colocado contra la pared al extremo de la mesa, y cuyo péndulo de cobre, brillante como una moneda nueva de este metal, pasaba y repasaba con lánguido balanceo por delante de su ventanilla de cristal. Y antes de hablar los dos reflexionaron largamente; mientras un gato, acurrucado en un ángulo del hogar, observaba con interés el vuelo de las chispas que de vez en cuando se escapaban de los tizones, y en tanto que un perro mastín, apoyado en su cuarto trase-ro junto al amo, reposaba sobre las rodillas de éste su voluminosa cabeza de expresión honrada y su hocico con bigotes rígidos, en cierto modo semejantes á los de un viejo granadero.

La mujer fué la primera en romper el silencio.

— ¿Conque ha venido á verte aquí?, preguntó.

— Apenas hacía un cuarto de hora que te habías marchado, contestó el marido.

— Entonces... te habrá dicho que seguía en la misma idea. ¿No es verdad?

— Precisamente, y también me ha repetido que Coralía le convenía por completo.

— Creo muy bien á ese caballero. ¡Coralía!.. ¡Fácil es que le presenten mujeres como ella! Una joven de tal educación, que toca el piano que es una delicia oírlo...

— Eso es lo que él dice: «No encontraré en Varencieres, ni en todo el país de los alrededores, otra joven que merezca ser mi esposa.»

— ¿Qué te parece? ¡Diríase que él es quien nos honra!

— ¡Diablo! Preciso es confesar que es más rico que nosotros. ¿Sabes tú que Desiré Muterel será dueño,

solamente por parte de su madre, de cerca de cincuenta acres de tierra?

— Seguramente, seguramente...

— ¿Y que por parte de su difunto padre es también dueño del molino de Verdieres, sin contar diez hectáreas de prado en el Berneville Bajo?

— ¿Y qué más?

— Y además su casa de Varencieres, con sus dependencias de labranza que constituyen una nueva granja, todo ello construido con ladrillos y cubierto de pizarra. Allí hay cisternas, huertos, ganado y caballos... Te digo que no hay dos como él en todo el país.

La señora Chantavoine había concluido de mondar sus guisantes; apartó el plato que los contenía, fué á buscar en su cesto la carne y comenzó á cortarla en pedazos, los cuales echaba en una olla de hierro. El perro se acercó, el gato saltó sobre la mesa y los dos permanecieron inmóviles contemplando la carne, y para llamar la atención del ama, los dos comentaron, el uno á roncar y el otro á gemir suavemente. Pero el ama estaba sin duda de mal humor, pues al cabo de un minuto cogió una rodilla y la arrojó á la cara del gato, que se lanzó fuera de un brinco, y largó un puntapié al otro suplicante, gritando:

— ¡Fuera de aquí, al patio!

Después, prosiguiendo en sus ocupaciones culinarias, volvió á romper el silencio.

— Bien veo, dijo, que se te ha metido en la cabeza ese matrimonio; pero á mí no me agrada el pretendiente.

— ¿Qué defecto le encuentras?

— Desprecia demasiado el mundo, habla por los codos y entiende en más asuntos de los necesarios. Diríase que no hay en el país nadie más que él. De los habitantes del castillo murmura porque son nobles; del cura porque, según dice, no se debe ya pensar en Dios; y á nosotros nos acusa de no conocer el cultivo á que nos dedicamos desde que vinimos al mundo. En fin, es hombre que de todo tiene que decir. ¿Y qué edad tiene? Veinticinco años. A mí, francamente, me inspira lástima.

— Pero escucha, mujer; debes advertir que es un mozo que ha estudiado y que sabe tanto como el maestro de escuela.

— Lo cual no impide que, si llega á ser nuestro yerno, nos mire como si no fuéramos nadie...

— ¿Quieres decirme con quién casarás á tu hija si no aceptas á ese?

— ¡Diantre, no lo sé! ¿No hay más hombres que ese en el país?

— ¿Quieres darla á un hombre como yo? Para esto no valía la pena de educarla en la ciudad, y más hubiera valido dejarla que ordeñase vacas, como su prima Juanita, á quien recogí por caridad en recuerdo de mi desdichado hermano.

— Yo no quiero decir...

— Entonces más hubiera valido enviarla á la escuela de Berneville, en vez de educarla en el pensionado *Pompadour*.

— Esto hubiera sido más barato.

— Ciertamente... Muterel es todo un sabio, y á lo que él dice, hasta el latín ha aprendido. Nuestra hija no será desgraciada con él, ella, que puede enseñar historia á los del castillo. Además, hay algo bueno en él; no gasta, y también alterna con la alta sociedad. Cuando el prefecto visitó Varencieres el año último, en casa de Muterel fué donde almorzó; y para recibir á los prefectos no debe tener una mujer vulgar...

— Eso sí; verdad es que Coralía...

— ¡Oh! No la intimidará el prefecto, y si á éste le agrada el piano...

En aquel instante, y como para contestar al pensamiento de Chantavoine, se oyó el piano en la habitación contigua: los buenos padres quedaron inmóviles y embelesados. Era una pieza ligera, tocada sin gracia por dedos rígidos, uno de esos cantos antiguos cuyas notas alegres y retozonas hacían resaltar tan bien nuestras abuelas, pero que las pensionistas torpes á quienes se ejercita en teclear los clavicordios de provincia mutilan y desfiguran de una manera deplorabile.

Chantavoine escuchaba con los ojos muy abiertos, poseído de admiración; mientras que su esposa, con las manos cruzadas sobre el vientre, olvidaba los guisantes y los pedazos de carnero.

— ¡Es la pieza premiada!, dijo á media voz Chantavoine, aquella que tocó sin papel delante del señor Califrouse, el inspector de la academia, quien la cumplimentó mucho.

— Sí, contestó la señora Chantavoine, son las variaciones sobre el *Carnaval de Venecia*...

Y mientras la antigua melodía se desarrollaba con monótona languidez, los dos quedaron sumidos en una especie de mudo éxtasis.

De repente, la puerta de la sala se abrió con viveza, un brillante rayo de sol penetró en el interior, y con él una robusta joven de cabello algo rojizo, cuyo traje consistía en una falda de lienzo remendada, gran sombrero de paja y zuecos muy ruidosos. Llegaba debajo del brazo un manojo de zanahorias silvestres, y arrojándole sobre la mesa, gritó muy alto, con voz fresca y alegre:

— ¡He aquí una buena ración para nuestros conejos!

Chantavoine volvió la cabeza, indignado de que se faltase así al respeto debido al *Carnaval de Venecia*.

— ¿Te callarás?, refunfuñó con acento de cólera.

La joven se detuvo algo confusa.

— ¿Qué vienes á hacer aquí con tus hierbas?, añadió la señora Chantavoine con tono agudo.

— ¡Toma!.. ¿Pues no me han dicho ustedes que no había bastante hierba para los conejos? Pues yo he venido á mostrarles que he encontrado suficiente.

— ¿Pero no oyes á tu prima?

— Seguramente que sí la oigo, pues bastante ruido hace.

— ¿Y no puedes callar?

— Yo no sabía...

— ¿Pues no oyes?

— Desde aquí sí; pero no desde el patio, porque el sonido no atraviesa las paredes.

— Vamos, está bien. Retira las patatas del fuego y ve á mirar los cerdos; de los conejos ya me cuidaré yo. Y no hagas ruido, ó me enfadaré de veras. ¿Lo entiendes bien, Juanita?

La joven dirigió una mirada temerosa al grupo amenazador formado por su tío y su tía, y después se quitó los zuecos para hacer menos ruido. Luego se acercó á la chimenea, y cogiendo la caldera, levantóla por un vigoroso esfuerzo de riñones y la puso en el ángulo de la habitación sobre un trípode de hierro. En seguida, siempre sin hacer ruido, vertió en un cubo lo que contenía, calzóse rápidamente los zuecos y desapareció en dirección á la pocilga, silenciosa y ligera como un ratón. Sin embargo, en la habitación contigua seguía oyéndose las variaciones sobre el *Carnaval de Venecia*, ejecutadas de un modo desastroso. Chantavoine había vuelto al éxtasis, y su mujer, sin perder una nota, continuaba su cocina, reuniendo con muchas precauciones en la olla de hierro los guisantes y los pedazos de carnero.

II

La señorita Coralía Chantavoine acababa de cumplir diez y ocho años. Era una joven robusta, rechoncha y generalmente muy colorada, á causa del tormento que se imponía ciñéndose desapiadadamente un corsé mal hecho. No conseguía de este modo ni adelgazar ni redondear su talle cuadrado; pero se congestionaba el rostro y hacía sobresalir un seno, enorme de por sí, que protestaba por su desbordamiento de las trabas que se pretendía oponerle. Sentada ante el piano, tecleaba con sus manos de cortos dedos y de uñas de dudosa limpieza, insistiendo con tenaz perseverancia en la tercera variación del *Carnaval de Venecia*, la más difícil, la que no sabía tocar *sin papel*. Luchaba contra una nota terrible que no podía dominar y que terminaba invariablemente en falso; sus dedos, cada vez más rebeldes, se resistían contra aquel duro trabajo, y el sudor inundaba su frente desde la raíz de su cabello negro y lustroso en fuerza de la pomada. Por último, la nota vino al fin justa, y como la onda que ha franqueado un obstáculo, la variación siguió su curso hasta el fin sin entorpecimiento.

Después de haber poco menos que hundido el piano con el último acorde dominante, la señorita Coralía se levantó, irguióse para desviar las ballenas del corsé que la sofocaban, se ahuecó la falda, miróse en el espejo y sin duda se juzgó hermosa, pues sonrió. Al volverse vió ante sí á su padre, que la contemplaba con admiración.

La campana sonaba en el patio, llamando á cenar á la gente de la granja, y todos salieron á fin de tomar un poco el fresco antes de sentarse á la mesa.

El sol, á punto de ocultarse y semejante á una gran linterna roja, brillaba detrás del campanario de Berneville, y la luz difusa de la tarde iluminaba muy suavemente el grandioso paisaje que se veía desde el umbral de la casa de la granja. Enfrente, un extenso prado lleno de manzanos y protegido por una cerca de regular elevación descendía en ligera pendiente hasta la llanura, que se inclinaba á su vez, remontando luego de una manera insensible hasta Berneville, cuyas casas se esfumaban en las sombras del crepúsculo, lo propio que el castillo y los corpulentos árboles de ancha copa. Nada interceptaba la vista hasta allí, y la frescura de la noche, que se aproximaba,

llegaba libremente desde lejos y muy pura, trayendo consigo los perfumes balsámicos de la campiña y de los bosques.

A derecha é izquierda, formando alrededor de la casa un arco de círculo, las construcciones de la granja estaban iluminadas por los últimos rayos del sol; allí se oían balidos y mugidos; los carneros y las vacas acomodábanse para pasar la noche; y el vaquero, saliendo del establo, se dirigía hacia la sala, arrastrando sus pesados zuecos con el paso de un hombre rendido de cansancio. Juanita cruzó lentamente en dirección á la casa de vacas, cargada con dos cubos llenos de la leche recién ordeñada; y el pastor, enganchando uno de los perros á su carretón de hierro, empujó éste penosamente, lleno de haces de paja rebuscada ya, hacia la pila de heno donde se acumulaban los desperdicios.

En aquel momento se oyó ruido de caballos sobre los guijarros del camino, detrás de la granja y de improviso comenzaron á desfilar lentamente por la gran puerta abierta entre la entrada de aquella y el prado los carreteros que volvían del trabajo, silbando y sentados en sus caballos humeantes. El primero traía un arado, que sostenido en su rastra saltaba de continuo, produciendo un chirrido estridente; y el segundo tiraba de un carretón donde brillaban los rastrillos con sus puntas al aire.

— ¿Y bien, muchachos, preguntóles Chantavoine acercándose á ellos, terminó ya la labor en los diez acres?

— Sí, señor; pero costaba mucho prender los arados y resultaban muchos terrones.

— La culpa de esto la tiene esa maldita sequía.

— ¡No se puede ya cultivar la tierra!.. ¿Has dado por lo menos un buen repaso á todo, Juan Pablo?

— En cuanto á eso sí, he pasado por todas partes; pero esos rastrillos saltaban sobre los terrones, y apenas han hecho más que cambiarlos de sitio.

— Agua es lo que se necesita. Vamos, llevad á la cuadra los caballos, que se han mojado el pelaje.

La campana sonaba por segunda vez. Chantavoine volvió hacia la casa, y todos los trabajadores de la granja le siguieron. El patio quedó sin gente, bajo la vigilancia del perro *Mostacho*, gravemente sentado en el umbral; seis patos que acababan de hacer en una charca sus últimas abluciones cruzaban ahora en fila para entrar en el gallinero, balanceándose con aire de satisfacción.

En la sala, alrededor de la larga mesa, todos habían ocupado el lugar que por su jerarquía les tocaba. La señorita Coralía ocupaba uno de los extremos de la mesa; á su derecha, apoyado en la pared, Chantavoine la miraba comer su sopa, tan enternecido, que casi olvidaba llevarse el bocado á la boca; á su izquierda, la esposa vigilaba para que no le faltase nada, y de vez en cuando dirigía una mirada al hornillo donde se cocía lentamente el guisado. Juanita servía la cena; vaciaba los jarros de cidra; corría á llenarlos de nuevo, haciendo resonar la llave de la bodega, que llevaba pendiente de la cintura; sentábase después un instante junto á su tía para comer; luego retiraba la soperá vacía á fin de poner el guisado sobre la mesa, y marchaba otra vez á la bodega, siempre con los jarros vacíos. Y mientras, los hombres comían y bebían sin decir nada, por el cansancio del día que concluye y la soñolencia de la noche de descanso que comienza; y en tanto que Chantavoine y su esposa mimaban á su hija, aquella servicial criada, de rostro blanco y risueño, de cabello algo rojizo, aun-

que peinado con gracia, se cuidaba de toda la gente que parecía ignorar su existencia.

En el campo, si no hay fiesta, la comida no es larga. Cuando el carnero y los guisantes hubieron



Llevaba debajo del brazo un manojo de zanahorias silvestres

desaparecido, lenta y completamente triturados por todas aquellas mandíbulas poderosas, Juanita puso en la mesa un queso fabricado, según la receta de la señora Chantavoine, con leche cuidadosamente desnatada; y éste era el último plato. Los hombres limpiaron entonces su cuchillo en una miga de pan, guardáronle en el bolsillo y se levantaron.

En tiempo ordinario, los amos no eran orgullosos, y permitían que se reposase un poco después de cenar. La patrona, á quien el tabaco no molestaba, no se oponía á que se encendieran las pipas; y el amo no tenía á menos hablar con sus criados acerca del tiempo que haría al día siguiente, del aspecto de las cosechas y de otros muchos asuntos que no se agotaban jamás. Pero cuando la señorita estaba de vacaciones, los amos no eran ya los mismos: entonces era preciso levantarse de la mesa con el último bocado; y si la señora Chantavoine hubiese visto tan sólo la punta de un cigarrillo, habría puesto muy mala cara. Los hombres se resignaban y se iban dócilmente á la cama, ó salían al campo á fumar, algo descontentos porque se interrumpían así sus costumbres; pero sin gran enojo contra la señorita Coralía, que les imponía con su elegancia dominadora, con sus modales desdeñosos de señorita de ciudad y cuyos poderosos atractivos les hacían enmudecer de admiración. Como los viejos de Troya cuando veían pasar á Elena, los criados de la granja de los Muriaux se confesaban entre sí, mirando á Coralía, que era justo sufrir un poco por tan hermosa mujer.

Se fueron, pues, uno tras otro, encendiendo sus farolillos para ver claro en sus establos y majadas, y cada cual, antes de pasar por la puerta, saludaba con las palabras «Buenas noches, señor y señoras,» á las que Chantavoine, en su calidad de jefe de familia, contestaba gravemente. Los dos esposos, la hija y la sobrina quedaron solos.

III

Juanita comenzó á llevarse la vajilla sucia para dejarla sobre la piedra de la pila de la cocina, y después pasó por la mesa una gruesa esponja. La señorita Coralía se levantó; el padre y la madre Chantavoine permanecieron sentados con expresión inquieta.

— Quédate un poco, hija, dijo al fin el padre, pues tenemos que hablarte.

— Bien lo veo; pero déjeme usted ir antes á buscar mi labor, que lo mismo que sin hacer nada, puedo escucharles trabajando.

Si la señorita Pompadoux hubiese oído esta contestación dicha con ortografía incorrecta, que probaba los graves perjuicios que una semana de permanencia en la granja había ocasionado á la educación literaria de la joven, seguramente se habría asombrado; pero los dos viejos, insensibles á las faltas de lenguaje, no pensaron más que en admirar el afán de su hija por el trabajo. Coralía salió y al cabo de un instante volvió con una labor de tapicería; era para cubrir el asiento de un sillón y representaba un enorme ramo de peonías de color escarlata sobre fondo verde. La joven comenzó á tirar de la aguja, indiferente al parecer á la emoción de sus padres, que se agitaban de ansiedad en sus bancos. Juanita continuaba trasteando por la sala, acabando de ponerlo todo en orden.

— ¿No sería mejor que Juanita se retirase?, preguntó en voz baja la señora Chantavoine á su esposo.

Este, rascándose la cabeza, contestó:

— Creo que podrá quedarse, porque no es ella la que irá á decir nada... Además de que algún día habrá de saberlo.

— Pues entonces será necesario prevenirla, al menos para que se calle.

Y volviéndose hacia su sobrina, añadió:

— Escucha una palabra, Juanita. Voy á comunicar á tu prima, que ahí ves, algunas cosas..., ciertas cosas..., en fin, que se refieren á su casamiento.

La aguja de la bella Coralía tembló un poco entre sus dedos y se equivocó de agujero en el cañamazo. Juanita por su parte se ruborizó vivamente.

— ¡Oh, tío Juan!, exclamó batiendo palmas, ¿conque habrá una boda?

— Puede ser, pero no debe decirse.

— ¿Conque no es seguro?

— ¡Pardiez, no! Son cosas que se dicen así en las familias antes de que el mundo lo sepa..., porque si luego no se realizara... En fin, he aquí la cosa; escucha un poco, Juanita.

— Sí, tío Juan.

— Tu padre era un pobrete que se fué al otro mundo sin dejar un cuarto, y tú causaste la muerte de tu madre al nacer. Bien sé que no es culpa tuya; pero esto no impide que no tuvieras nada cuando viniste al mundo, y tampoco tendrías ahora nada si no te lo hubiéramos dado nosotros... Pero así es...; tu padre era un pobrete..., mas también hermano mío... y tú eres una Chantavoine, y yo tu padrino, ¿verdad? Por eso te eduqué en mi casa, y no vayas á creer que fué del agrado de mi mujer; pero en fin, yo me dije: «Porque su padre, que era mi hermano, fuese un pobrete, no dejaré morir de hambre á ese escrupulo de chiquilla, que lleva el apellido de Chantavoine.» Y mi mujer dijo: «Eso no costará nada, y si es tu gusto...» Pero tú has costado cara, ya lo sabes, y ahora puedes trabajar para resarcirnos un poco.

Juanita había inclinado la cabeza y dejaba pasar

aquel torrente de palabras sin ruborizarse ni protestar. Sabía de memoria el sermón del tío Juan, y apenas transcurría una semana en que no se lo oyese. Cuando moría una gallina ó un conejo, cuando una vaca se enredaba en su correa, ó cuando por descuido se dejaba de recoger algún huevo en el corral, la joven estaba segura de tener que sufrir interminables reprensiones, precedidas siempre de dicho sermón; y no era poca fortuna que no tomase también parte su mujer en ello. Pero ¿adónde iría á parar hoy Chantavoine?

— Por lo pronto, continuó el tío, he aquí la cosa. Tú perteneces á la familia; podrá ser una desgracia; pero así es. A causa de esto, se hace preciso que sepas que nuestra Coralia se casará tal vez con alguno de por aquí; mas no queremos que nadie lo sepa. ¿Me entiendes bien?

— Pues entonces, ¿por qué me habla usted de ello, tío Juan?

El buen hombre enmudeció, confundido por esta pregunta tan sencilla; pero la señora Chantavoine replicó con tono áspero:

— No comprendes nada; ya te dice que es porque perteneces á la familia... Además, siempre te entrometes en todo y continuamente estás entrando y saliendo.

— Pero, señora, esto depende de mis ocupaciones.

— Pues por eso mismo lo hubieras sabido de todos modos, y de consiguiente, creemos preferible decirte; pero si no te coses la boca...

La bella Coralia, que desde su ingreso en el pensionado Pompadour se consideraba como de una esencia cada vez más superior á la de su prima, dedicada á toscos trabajos, y que rara vez le dirigía la palabra, pensó que correspondía á su dignidad intervenir, dispensando su alta protección á aquella débil é insignificante hija de los campos.

— No se necesitan tantas palabras, dijo con voz majestuosamente cadenciosa. Estoy bien segura de que Juanita no dirá nada de lo que se hable aquí; y puesto que hay algo que decir, opino que ya es tiempo de hablar, pues deseo acostarme temprano esta noche.

— Ya puede usted decir lo que quiera, tío Juan, concluyó Juanita. Le prometo ser tan muda como nuestra piedra de molino blanca, ya sabe usted, aquella que no muele nunca.

— Por lo demás, comenzó á decir Chantavoine, no vale la pena andar con rodeos más tiempo. He visto al gran Muterel esta mañana, y me ha dicho que no le desagradaría establecerse casándose contigo; y si tú no contestas con una negativa, por él no se perderá la cosa, pues he comprendido que lo desea de veras.

Coralia se ruborizó un poco, y una expresión de orgullosa alegría pasó por sus ojos; pero se contuvo, recobrando muy pronto su aire digno, y contestó con voz acompasada, mientras tiraba de su aguja distraídamente.

— Es cosa que merece pensarse.

— Ya sabes que nadie te obliga, dijo con viveza la señora Chantavoine. Aunque tu padre se haya prendado de ese gran hablador...

— Vamos, ¿quieres callarte?, exclamó su marido. ¿Te propones ahora predisponer á Coralia en contra? ¡Desiré es el gallo del país!

— No se puede negar que es un buen mozo, se arriesgó á observar Juanita.

— Yo creía que habías prometido no decir nada, gritó la buena mujer furiosa.

— Es cosa que merece pensarse, repitió la plácida Coralia. ¿Es verdad que tiene más de cuarenta acres de tierra?

— ¡Oh! En cuanto á eso, es seguro, pues yo mismo los he contado muchas veces. Toda la extremidad de la llanura que va desde el Trogne á Cadet, hasta la Grosse-Epine, es terreno suyo. Esto en cuanto á Varençieres, y además tiene sus prados...

— ¿Cuánto hay de prados?

— Unos veinte acres.

— Pues entonces vienen á resultar como si dijésemos más de sesenta.

— Puedes calcular ochenta..., y aún te quedarás corta. Además hay que contar su casa de Varençieres.

— ¿Es verdad que no tiene hermano ni hermana?

— Ciertamente que no.

— No tiene padre; pero su madre vive aún. ¿No es verdad?

— En cuanto á esto, no puedo decir lo contrario; pero es mujer que tiene también de qué vivir; no habita en Varençieres, sino en una pequeña granja muy bonita, que se halla á diez leguas de aquí, en el país en donde nació.

— Según me han dicho, todavía no es vieja.

— ¡Pardiez!, es una mujer ya anciana, y además dí-

cese que padece de una enfermedad que la aqueja desde hace algunos años.

— ¡Ah!

— Ya ves que tocante á los bienes no hay nada que decir, y á menos de casarte con el señor vizconde...

— ¡Oh!, exclamó Coralia; podría ser menos, pero también podría ser más.

— ¡Diablol!, refunfuñó el buen hombre; me parece que no es poco: no tendrás tú tanto.

— ¿No tendrás eso cuando estén ustedes en la hoya?

— No sé de dónde sacas que no tendrás eso, á fe mía, protestó la señora Chantavoine. ¿Por ventura no estás á punto de pagar un plazo al conde? No vengas ahora á decirnos que los negocios no marchan bien.

— Los negocios..., los negocios...

— ¿No tienes tierra tuya en el país? ¿No tienes bosques en el Futelaye? ¿No tienes tu caballería? ¿No has ganado nada con la granja? ¿Y soy yo acaso una mendiga?

— ¡Vamos, está bien! Ya sé lo que tengo, y también lo que tú tienes; pero todo eso junto no llega á la fortuna de Muterel.

— ¡Solamente tú dices eso! Y yo sospecho mucho que el tal señorito sabe bien lo que tienes, que ha comparado tus bienes con los suyos y ha visto que allá se van los unos con los otros.

— Es positivo, observó orgullosamente Chantavoine, que nuestra hija una vez casada con Muterel no sería la última del país. Y además hay otra cosa: él no es un campesino como yo; ha estudiado, y sabe explicar la política de tal modo que da gusto oírle.

— Puede ser muy bien; mas siempre parece que mira á los demás por encima del hombro...

— ¡Es que recibe al prefecto! Y hasta me han dicho que iban á nombrarle alcalde de Varençieres. Vamos, hijita, añadió el padre, inquieto por el silencio de su hija, ¿no te dice nada todo eso?

— Eso me dice, contestó Coralia; sí..., eso me dice en un sentido..., pero en otro no me dice... ¡Ah! Si le nombrarán alcalde, yo tendría un salón.

Y sus miradas se fijaron con deleite en las brillantes peonías que, casi del todo terminadas, se destacaban crudamente sobre el fondo verde espinaca del bordado.

— ¡Y recibirías al prefecto!, dijo Chantavoine frotándose las manos.

La bella Coralia se esforzaba inútilmente para ocultar su satisfacción y tenía el rostro radiante; la madre Chantavoine guardaba un silencio violento; y Juanita, no atreviéndose á decir nada, proseguía silenciosamente su ocupación, arreglando en el aparador los platos y los vasos.

— ¡Vaya, veamos!, insistió Chantavoine. ¿Qué se ha de contestar?

— Dígame usted, contestó Coralia, que puede intentar...

Y sin añadir palabra, entró majestuosamente en su habitación, dejando á su padre poseído de contento, á su madre refunfuñando y á Juanita encantada por la perspectiva de la próxima boda.

IV

Dos meses después de esta conversación memorable, en un frío día de noviembre, hallábase reunida en el salón del castillo de Berneville, después de almorzar, una sociedad ultra selecta.

Este castillo era muy antiguo y á la vez muy moderno. En el exterior, su arquitectura del tiempo de Enrique II, sus tejados puntiagudos sobrepuestos de arabescos de plomo, sus muros, donde se destacaban blasones esculpidos, y sus torres de formas diversas, redondas unas y otras cuadradas ó poligonales, comunicábanle ese aspecto de elegancia, feudal aún, que caracteriza á las construcciones del Renacimiento. En el interior habíanse reunido todo el lujo y los refinamientos de la vida contemporánea, y la antigüedad del cuadro, el aspecto venerable y el origen histórico de ciertos detalles contribuían á que fuera más agradable la comodidad de fin de siglo del conjunto.

El vestíbulo, particularmente, es una maravilla: ocupa todo el pabellón central del castillo; los pisos se han suprimido; sus ventanas dan á espaciosa galerías, cuyas balaustradas de encina están como suspendidas sobre la vasta sala, y desde abajo la mirada se eleva hacia esos balcones sobrepuestos, hasta el techo esculpido, donde se fija en el artesonado y en las molduras. En cada ángulo de la habitación hay cuatro torres redondas; dos de ellas sirven de escaleras, y las otras dos forman gabinetes en el piso bajo y en las galerías.

En aquel salón, que es el centro, como el corazón del castillo, el conde de Berneville ha acumulado la mayor parte de las preciosidades de que le han hecho poseedor su gran fortuna, la antigüedad de su

raza y su afición á gastar, siempre con inteligencia. El suelo está cubierto de gruesas alfombras sobre las cuales se ostentan preciosas alfombrillas de Oriente; hay allí sitios de todas las formas y muebles de todas las épocas, agrupados en un desorden estudiado; un gran piano, cubierto de una funda magnífica, ocupa un ángulo, en donde se ve también un arpa, y otro está lleno de objetos raros y curiosos y de grandes jarros y porcelanas del Japón. Acá y allá cuadros de los mejores maestros, colocados en caballetes cubiertos de telas antiguas, soberbias lámparas con pantallas de blondas y encajes, y á lo largo de las paredes armaduras y panoplias que se reflejan en los espejos de Venecia. Una araña inmensa de bronce dorado, cincelada por un artista del siglo XVII, descende del alto techo como un sol de oro; en toda la extensión de las galerías se ven los retratos de graves señores, de los antecesores de la familia, paisajes flamencos, marinas, mitologías italianas, y en la enorme chimenea que ocupa el fondo de la estancia, una carga de leña de encina cubre á medias la vasta plancha de hierro en la que se ostenta el antiguo escudo de Berneville.

El conde estaba sentado, algo taciturno, en un gran sillón, hablando distraídamente con el cura, que había ido por la mañana á decir misa en la capilla del castillo, y mirando con inquietud su pie derecho, que balanceaba nerviosamente, pasando á intervalos su mano febril sobre la pantorrilla, aprisionada en una especie de polaina barnizada. Era hombre bien conservado aún, al que sentaba perfectamente su traje de caza del más correcto corte; pero su rostro, algo más colorado de lo natural, y su vientre, un poco demasiado voluminoso, indicaban el buen vividor á quien la gota aflige algunas veces.

Las señoras, reunidas junto al piano, formaban círculo alrededor de la dueña de la casa, mujer de edad madura, pero elegante todavía, y los jóvenes que todos los años iban al castillo, atraídos por las carcerías, pasaban de un lado á otro del grupo charlando y echando piropos al bello sexo antes de ir á entenderse con las perdices. Las señoras eran jóvenes, y varias de ellas muy lindas; todas vestían con arreglo al último número publicado de su diario de la moda, y dos de ellas llevaban falda corta, calzón bombacho y botas de cuero leonado, y se esforzaban para tomar posturas masculinas y cinegéticas.

Cortando de pronto la conversación del cura, el conde se levantó y dió algunos pasos con creciente mal humor.

— ¡Vamos, dijo, estoy cogido!

Y acercándose al grupo de los jóvenes, añadió con tono quejumbroso:

— Señores, les dejo á ustedes; tengo el ataque en este diablo de pie y dentro de un cuarto de hora ya no podré andar. Voy á quitarme el zapato de caza para ponerme la zapatilla...

Un concierto de pésames cariñosos interrumpió al conde, que continuó:

— Mi hijo se encargará de dirigir la batida; yo oiré desde lejos los tiros, y con un poco de imaginación... ¡En fin, cúmplase la voluntad de la gota!

El vizconde de Berneville se separó de las dos cazadoras, con quienes sostenía una conversación de las más serias sobre *sport*, y cogiendo del brazo á su padre, que cojeaba mucho ya, le condujo al otro extremo de la habitación. Muy pronto comprendieron los allí reunidos, por la contracción atenta de sus facciones y la mímica expresiva de sus gestos, que ambos estaban concertando la estrategia de la batida.

De repente abrióse una puerta, y el Sr. Bautista, primer mayordomo, entró en el salón, acercándose al señor conde.

Tenía aquél ese aire de superioridad discretamente irónica que toman los criados de casa grande cuando deben introducir á personas de poca importancia.

— ¡Vamos, bueno!, dijo el Sr. de Berneville. ¡Que el diablo se los lleve! ¡En buena ocasión llegan! En fin..., si no los recibo estarán furiosos, tanto más cuanto que como voy á quedar completamente cogido por esta maldita gota... Introdúzcalos usted, Bautista.

— ¿No los recibe el señor conde en su gabinete?

— ¡No, á fe mía! Su visita podría ser más larga, y aquí verán tal vez que estamos de prisa.

Bautista se retiró, y muy pronto abrióse de nuevo la puerta de par en par para dar paso al señor y la señora Chantavoine, su hija Coralia y el novio de ésta, Desiré Muterel.

Dieron tres pasos y detuvieronse después, ofuscados por el lujo en medio del cual se hallaban súbitamente y desconcertados por las miradas que adivinaban fijas en ellos.

(Continuará)

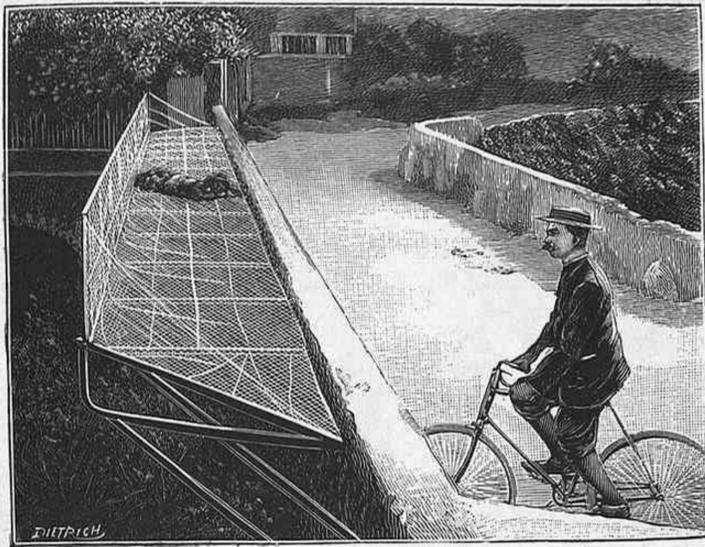


Fig. 1. - Red protectora del puente de Ramingao (Francia)

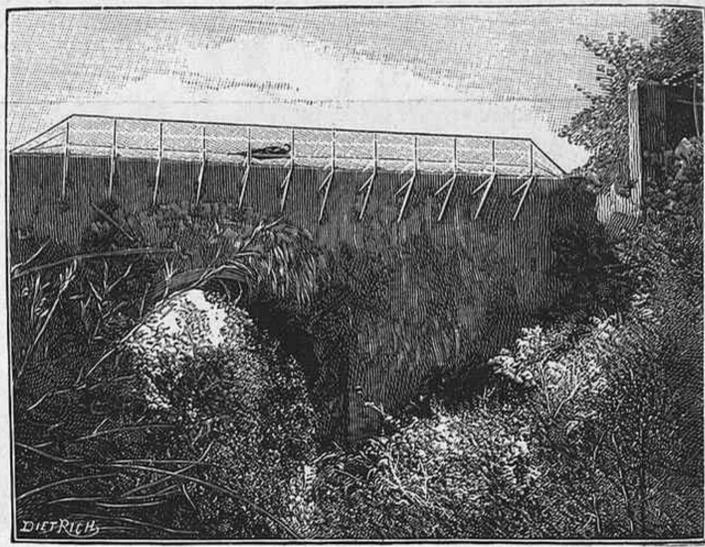


Fig. 2. - Vista en conjunto del parapeto de alambre

PAPEL ANTI-ASMÁTICOS BARRAL
 PRESCRITOS POR LOS MÉDICOS CELEBRES
EL PAPEL O LOS CIGARROS DE BIN BARRAL
 disipan casi INSTANTANEAMENTE los Accesos.
DE ASMA Y TODAS LAS SUFOCACIONES.

FUMOUZE-ALBESPEYRES
 78, Faub. Saint-Denis
 PARIS
 y en todas las Farmacias.

JARABE DE DENTICION
 FACILITA LA SALIDA DE LOS DIENTES PREVIENE O HACE DESAPARECER
 Los SUFRIMIENTOS y todos los ACCIDENTES de la PRIMERA DENTICION
EXÁMINE EL SELLO OFICIAL DEL GOBIERNO FRANCÉS
 Y LA FIRMA DELABARRE DEL DR. DE LABARRE

VERDADEROS GRANOS DE SALUD DEL D. FRANK

Estreñimiento, Jaqueca, Malestar, Pesadez gástrica, Congestionen curados ó prevenidos. (Rótulo adjunto en 4 colores) PARIS: Farmacia LEROY Y en todas las Farmacias.

PILDORAS Y JARABE de BLANCARD
 con Ioduro de Hierro inalterable
 CONTRA la Anemia, la Pobreza de la Sangre, la Opilacion, la Escrófula, etc.
 Bájase el Producto verdadero con la firma BLANCARD y las señas 40, Rue Bonaparte, en Paris.
 Precio: PILDORAS, 4 fr. y 2 fr. 25; JARABE, 3 fr.

Las Personas que conocen las **PILDORAS DE PARIS de DEHAUT** no titubean en purgarse, cuando lo necesitan. No temen el asco ni el cansancio, porque, contra lo que sucede con los demas purgantes, este no obra bien sino cuando se toma con buenos alimentos y bebidas fortificantes, cual el vino, el café, el té. Cada cual escoge, para purgarse, la hora y la comida que mas le convienen, segun sus ocupaciones. Como el causan cio que la purga ocasiona queda completamente anulado por el efecto de la buena alimentacion empleada, uno se decide fácilmente a volver a empezar cuantas veces sea necesario.

P. MÈRE DE CHANTILLY ORLÈANS - FRANCE
UNGUENTO ROJO MÈRE
 CURACION RÁPIDA Y SEGURA DE LAS
 Cojeras - Alcance - Esguinces - Agriones
 Infiltraciones y Derrames articulares
 Corvazas - Sobrehuesos y Esparavanes
 Los efectos de este medicamento pueden graduarse a voluntad, sin que ocasiona la caída del pelo ni deje cicatrices indelebiles; sus resultados beneficiosos se estendian a todos los animales.
BLACK MIXTURE MÈRE
 BALSAMO CICATRIZANTE
 Para toda clase de Heridas y Mataduras de los Animales.
 EN TODAS LAS DROGUERIAS

AVISO A LAS SENORAS
EL APIOL de los DRES JORET y HOMOLLE
 CURA LOS DOLORES, RETARDOS, SUPPRESSIONES DE LOS MENSTRUOS
 FABRIANT 150 R. RIVOLI PARIS
 Y TODAS FARMACIAS Y DROGUERIAS

REMEDIO de ABISINIA EXIBARD
 En Polvos y Cigarrillos
 Alivia y Cura CATARRO, BRONQUITIS, OPRESION
ASMA
 y toda afección Espasmódica de las vias respiratorias
 25 años de éxito. Med. Oro y Plata
 J. FERRÉ y C^{ia}, 102, R. Richelieu, PARIS

Jarabe de Digital de LABELONYE
 contra las diversas Afecciones del Corazon, Hydropesias, Tosas nerviosas; Bronquitis, Asma, etc.
 Empleado con el mejor éxito

G rageas al Lactato de Hierro de GÉLIS & CONTÉ
 Aprobadas por la Academia de Medicina de Paris.

B ergotina y Grageas de BERGOTINA BONJEAN
 HEMOSTATICO el mas PODEROSO que se conoce, en pocion ó en inyeccion ipodermica. Las Grageas hacen mas facil el labor del parto y detienen las perdidas.
 Medalla de Oro de la S^{ad} de F^{ia} de Paris
 LABELONYE y C^{ia}, 99, Calle de Aboukir, Paris, y en todas las farmacias.

Jarabe Laroze DE CORTEZAS DE NARANJAS AMARGAS
 Desde hace mas de 40 años, el Jarabe Laroze se prescribe con éxito por todos los médicos para la curacion de las gastritis, gastraljas, dolores y retortijones de estómago, estreñimientos rebeldes, para facilitar la digestion y para regularizar todas las funciones del estómago y de los intestinos.
JARABE al Bromuro de Potasio DE CORTEZAS DE NARANJAS AMARGAS
 Es el remedio mas eficaz para combatir las enfermedades del corazon, la epilepsia, histéria, migraña, baile de S^a-Vito, insomnios, convulsiones y tos de los niños durante la denticion; en una palabra, todas las afecciones nerviosas.
 Fábrica, Expediciones: J.-P. LAROZE & C^{ie}, 2, rue des Lions-St-Paul, à Paris.
 Deposito en todas las principales Boticas y Droguerias

de los **EL APIOL** Dres **JORET y HOMOLLE** regulariza los **MENSTRUOS**

NUEVOS PERFUMES
 para el pañuelo de **RIGAUD y C^{ia}**
VIOLETA BLANCA
 Perfumes de Birmania. Flores de Auvernia. Luis XV. - Lucrecia. Ascanio. - Ylang Ylang. Graciosa. - Rosina. Melati de China. Lilas de Persia.
 JABONES y POLVOS de ARROZ a los MISMOS OLORES
 8, rue Vivienne, à PARIS

ROB BOYVEAU LAFFECTEUR
 Depurativo SIMPLE. Exclusivamente vegetal Prescrito por los Médicos en los casos de **ENFERMEDADES CONSTITUCIONALES** Acritud de la Sangre, Herpetismo, Acne y Dermatitis.
 El Mismo con IODURO DE POTASIO Empleado como tratamiento complementario del **ASMA**, este medicamento es igualmente SOBERANO en los casos de Gota, Reumatismo crónico, Angina de Pecho, Enfermedades Especificas hereditarias ó accidentales, Escrófula y Tuberculosis. Folleto segun los últimos trabajos de **MÉDICOS ESPECIALES**.
 CH. FAVROT y C^{ia}, Farmacutivos, 102, Rue Richelieu, PARIS. Todas Farmacias de Francia y del Extranjero.

REPÚBLICA DE BOLIVIA

EL EXCMO. SR. PRESIDENTE Y MINISTROS QUE CONSTITUYEN SU GOBIERNO



D. Mercedes Bonilla, D. Lisímaco Gutiérrez, D. Rafael Peña, D. Severo F. Alonso, D. Jenaro Sanjinés, D. Manuel M. Gómez, D. Juan Vicente Ochoa

Es la República de Bolivia uno de los Estados del Centro de América que más señalados progresos ha alcanzado en pocos años. Las vías de comunicación, los edificios públicos, las colonias agrícolas y cuanto puede contribuir al fomento de la riqueza del país ha merecido particular interés, así como la instrucción, que nada deja que desear, cual si se tratara, con señalada elevación de ideas y propósitos, de fomentar en igual medida los bienes materiales y los que produce la inteligencia. Gran parte de tan lisonjeros resultados se debe al esfuerzo, patriotismo e ilustración del actual Presidente Constitucional don

Severo Fernández Alonso y á sus inteligentes consejeros los señores D. Rafael Peña, primer vicepresidente; D. Jenaro Sanjinés, segundo vicepresidente y ministro de la Guerra; D. Manuel M. Gómez, ministro de Relaciones Exteriores y Culto; D. Macario Bonilla, ministro de Gobierno y Justicia; D. Lisímaco Gutiérrez, ministro de Hacienda, y D. Juan Vicente Ochoa, ministro de Instrucción pública y Fomento. Los grandes servicios que han prestado á su país antes de ocupar los altos puestos que desempeñan, y el acierto con que rigen los destinos de aquella República, hácelos dignos de la conside-

ración de que gozan y de la simpatía que les dispensan sus conciudadanos. Algunos de ellos, cual acontece con el distinguido escritor y amigo querido nuestro Sr. Ochoa, han logrado que sus nombres sean conocidos en toda la América española y que en Europa sean estimadas sus obras. LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA, al publicar los retratos del Excmo. Sr. Presidente y ministros que constituyen el gobierno de la República de Bolivia, da pública muestra del aprecio que le merecen y de simpatía á una de nuestras hermanas americanas.

MEDALLAS + LONDRES 1862 + PARIS 1889 + AMBERES 1894 +
LES CAPSULAS DE APIOL DE LOS DOCTORES JORET Y HOMOLLE REGULARIZAN LOS MENSTRUOS
 EVITAN DOLORES, RETARDOS
 DEPÓSITO GENERAL FARMACIA BRIANT PARIS 150 R. RIVOLI Y TODAS FARMACIAS Y DROGAS

CARRERAS-CAZA
EMBROCCACIÓN MÉRÉ de Chantilly
 INDISPENSABLE PARA FORTIFICAR
 LAS PIERNAS DE LOS CABALLOS
 FOLLETO FRANCO MÉRÉ FARM. ORLEANS

Agua Léchelle
HEMOSTÁTICA. - Se receta contra los flujos, la clorosis, la anemia, el apocamiento, las enfermedades del pecho y de los intestinos, los espantos de sangre, los catarros, la disenteria, etc. Da nueva vida á la sangre y entona todos los órganos. El doctor HEURTELOUP, médico de los hospitales de París, ha comprobado las propiedades curativas del Agua de Léchelle en varios casos de flujos uterinos y hemorragias en la hemotisis tuberculosa. - DEPÓSITO GENERAL: Rue St-Honoré, 165, en París.

VINO AROUD
MEDICAMENTO-ALIMENTO, el más poderoso REGENERADOR prescrito por los MEDICOS.
 DOS FÓRMULAS:
 I - **CARNE-QUINA**
 En los casos de Enfermedades del Estómago y de los Intestinos, Convalecencias, Continuación de Partos, Movimientos Febriles é Influenza.
 II - **CARNE-QUINA-HIERRO**
 En los casos de Clorosis, Anemia profunda, Menstruaciones dolorosas, Fiebres de las colonias y Malaria.
 Estas dos fórmulas existen tambien bajo forma de Jarabes de un gusto exquisito é igualmente muy recomendadas por el mundo medical.
CH. FAVROT y C^o, Farmacéuticos, 102, Rue Richelieu, PARIS, y en todas Farmacias.

ENFERMEDADES DEL ESTÓMAGO
PASTILLAS y POLVOS PATERSON
 en BISMUTHO y MAGNESIA
 Recomendados contra las Afecciones del Estómago, Falta de Apetito, Digestiones laboriosas, Acedias, Vómitos, Eructos, y Cólicos; regularizan las Funciones del Estómago y de los Intestinos.
 Exigir en el rotulo a firma de J. FAYARD.
 Adh. DETHAN, Farmaceutico en PARIS

Francos. 5 fr. en París
PUREZA DEL CUTIS
 - LAIT ANTÉPHELIQUE -
LA LECHE ANTEFÉLICA
 ó Leche Candès
 pura ó mezclada con agua, disipa PECAS, LENTEJAS, TEZ ASOLEADA SARPULLIDOS, TEZ BARROSA ARRUGAS PRECOCES EFLORESCENCIAS ROJECES.
 Pone y conserva el cutis limpio y torvo
 CANDES et C^o St-Denis, 46

ANEMIA CLOROSIS, DEBILIDAD HIERRO QUEVENNE
 Curadas por el Verdadero
 Unico aprobado por la Academia de Medicina de París. - 50 Años de éxito.

VERDADEROS GRANOS DE SALUD DEL D^r FRANCK
 Estreñimiento, Jaqueca, Malestar, Pesadez gástrica, Congestiones curados ó prevenidos.
 (Rotulo adjunto en 4 colores)
 PARIS: Farmacia LEROY y en todas las Farmacias.

ENFERMEDADES DEL ESTOMAGO
Pepsina Boudault
 Aprobada por la ACADEMIA DE MEDICINA
 PREMIO DEL INSTITUTO AL D^r CORVISART. EN 1856
 Medallas en las Exposiciones internacionales de PARIS - LYON - VIENA - PHILADELPHIA - PARIS 1867 1872 1873 1876 1878
 SE EMPLEA CON EL MAYOR ÉXITO EN LAS
DISPEPSIAS
GASTRITIS - GASTRALGIAS
DIGESTION LENTAS Y PENOSAS
FALTA DE APETITO
 Y OTROS DESORDENES DE LA DIGESTION
 BAJO LA FORMA DE
ELIXIR. . . de PEPSINA BOUDAULT
VINO . . . de PEPSINA BOUDAULT
POLVOS. de PEPSINA BOUDAULT
 PARIS, Pharmacie COLLAS, 8, rue Dauphine y en las principales farmacias.

SIMIENTE DE LINO TARIN
 Preparado especial para combatir con suceso Los Estreñimientos, Colicos, Bochornos y las Enfermedades del Hígado y de la Vejiga (Exigir la marca de « la Mujer de 3 piernas »).
 Una cucharada por la mañana y otra por la noche en la cuarta parte de un vaso de agua ó de leche
 La Cajita : 1 fr. 30
POMADA FONTAINE
 Son sus efectos admirables contra el Sarpullido, Eczema, los Sabañones, las Almorranas, los Barros de la cara, la Inflamación de los parpados, Caspa y Caída del pelo. - Fricciones ligeras por la noche.
 El Boto : 2 fr. ; franco, 2 fr. 15 en sellos de correo.
JABON FONTAINE Excelente auxiliar de la POMADA FONTAINE
 La Bola : 2 fr. ; franco, 2 fr. 15 en sellos de correo.
TARIN, Farmaceutico de 1^{ra} Clase, ex-Interno de los Hospitales
 PARIS. - 9, place de Petits-Pères, 9, y todas las farmacias

CEREBRINA
 REMEDIO SEGURO CONTRA LAS JAQUECAS y NEURALGIAS
 Suprime los Cólicos periódicos
 E. FOURNIER Farm. 114, Rue de Provençe, en PARIS
 MADRID, Melchor GARCIA, y todas farmacias
 Desconfiar de las Imitaciones.

PAPEL WLINSI
 Soberano remedio para rápida curación de las Afecciones del pecho, Catarros, Mal de garganta, Bronquitis, Resfriados, Romadizos, de los Reumatismos, Dolores, Lumbagos, etc., 30 años del mejor éxito atestiguan la eficacia de este poderoso derivativo recomendado por los primeros médicos de París.
 Depósito en todas las Farmacias
 PARIS, 31, Rue de Selne.

JARABE ANTIFLOGÍSTICO DE BRIANT
 Farmacia, CALLE DE RIVOLI, 150, PARIS, y en todas las Farmacias
 El JARABE DE BRIANT recomendado desde su principio por los profesores Laënnec, Thénard, Guersant, etc.; ha recibido la consagración del tiempo: en el año 1829 obtuvo el privilegio de invención. VERDADERO CONFITE PECTORAL, con base de goma y de ababolos, conviene sobre todo á las personas delicadas, como mujeres y niños. Su gusto excelente no perjudica en modo alguno á su eficacia contra los RESFRIADOS y todas las INFLAMACIONES del PECHO y de los INTESTINOS.

UNGÜENTO ROJO MÉRÉ DE CHANTILLY
CURACIÓN SIN TRAZAS DE LAS ENFERMEDADES DE LAS PIERNAS DE LOS CABALLOS
 FOLLETO FRANCO MÉRÉ FARM. ORLEANS